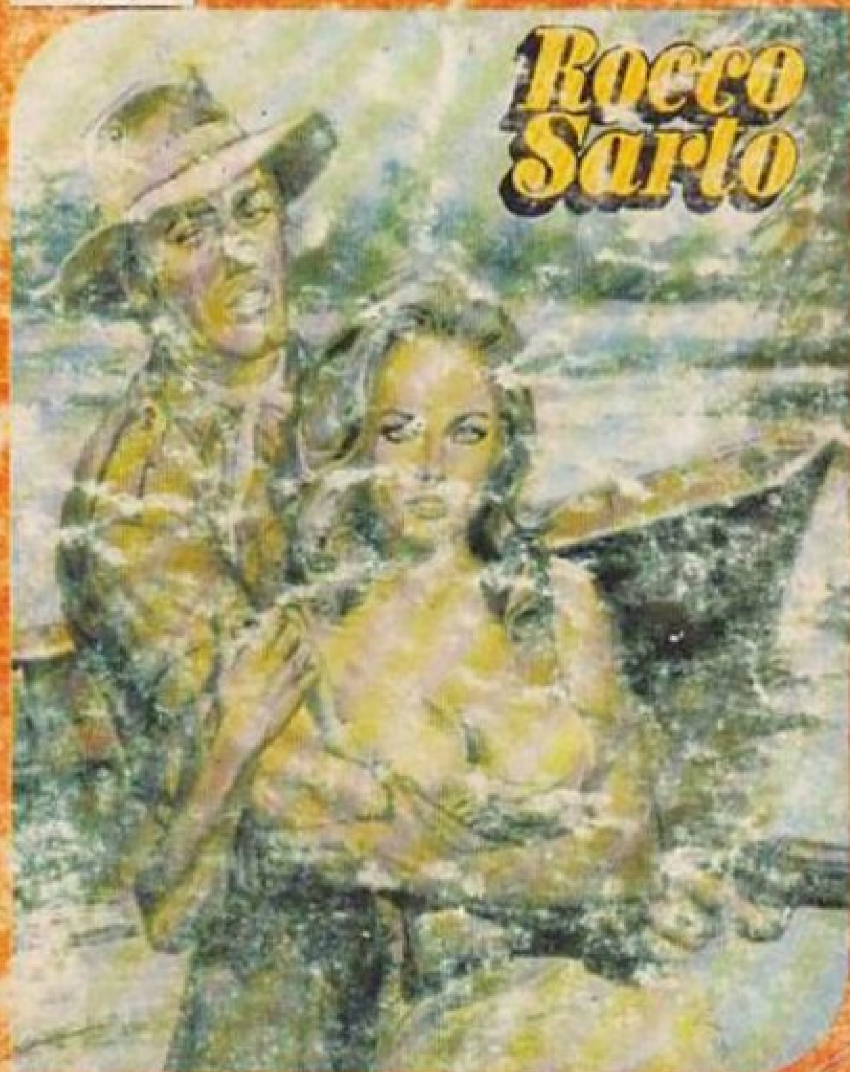
tam tam

NOVELAS ECSA

Extraño safari



EXTRAÑO SAFARI

TAM Nº 3

Autor: Sarto Rocco
ISBN: 9788475180519
Generado con: QualityEbook v0.76

CAPÍTULO PRIMERO

PARA cualquiera que se haya embarcado alguna vez el Mar de la China Meridional, entre Taiwan y las estribaciones norteñas de las Filipinas y el continente, tiene un encanto especial. Ese encanto no está marcado solamente por el exotismo asiático y el ingrediente de civilizaciones tan opuestas a la occidental en las que cada detalle parece provenir de un patrón ignorado y sugestivo; ese encanto es también una forma de vida marginal asentada en las costas y en las islas donde pulula una fauna humana que haría estremecer al turista ingenuo y sorprendido.

El mundo de las costas asiáticas es un mundo aparte. Se compone de comerciantes, aventureros, piratas modernos, hampones de ojos oblicuos y almas siniestras y familias pobres de hogares anfibios y estómagos apretados.

Los niños escuálidos corretean por los callejones húmedos y siniestros con la misma naturaleza con que los hijos de los lores acuden a un partido de polo sobre el bien recortado césped inglés.

Macao es un puerto único.

En los alrededores de los malecones sucios y pestilentes se aglutina un universo denso y cruel que vive gracias a los delitos que castigan todos los códigos penales del mundo, incluso el propio código que rige a Macao.

El tráfico de opio es allí un menester cotidiano y la violencia que rodea a esa fauna dedicada a comerciar con la escoria forma parte de la personalidad de la ciudad.

Yo había estado antes en Macao. En dos oportunidades. En la primera de ellas llevaba un uniforme de mercenario en mi equipaje y había terminado en un mal recuerdo. El segundo viaje fue más

alentador, puesto que por entonces era patrón de yate y comandaba la embarcación de un pez gordo de las finanzas.

Esta vez llegaba a Macao como simple marinero. La vida tiene esas cosas y cuando ya se han cumplido los treinta y cinco años los rictus amargos que uno ha ido criando en el rostro parecen ya marcas indelebles de viejas cicatrices de guerra. No me compadezco, simplemente reconozco la verdad en las pocas ocasiones que he tenido de verla.

Desembarqué del Osuna, un aparatoso mercante de bandera panameña y casco negro y amarillento y echando mi petate al hombro me encaminé hacia el primer sitio en que piensa todo marinero cuando llega a tierra tras dos meses de ver solamente olas y horizontes difuminados.

La cantina sería sórdida, aunque supongo que en las películas exóticas del tipo de Emmanuelle hubiese servido para que la protagonista ligara con algún poderoso yeti de ojos oblicuos y músculos pegajosos.

Eran solamente las once de la mañana y los muelles parecían hervir bajo un sol capaz de fundir los huesos y una humedad digna del mejor de los baños turcos.

Vestía con mi eterno tejano descolorido y una camiseta azul que comenzaba a quedarse pequeña a fuerza de hacer crecer los músculos en la cubierta del Osuna.

La fauna de los muelles resulta siempre sorprendente, había allí mercachifles de grandes abdómenes repletos de bazofia, mujeres que pretendían ser hermosas y algunas lo conseguían hasta cumplir los dieciocho años, luego caían irremediablemente en las ojeras, la flaccidez y una tristeza que a los veinticinco años ya era irrecuperable, aunque se esforzaran por sonreír de la boca para afuera.

Siempre que desembarco en algún puerto tras una larga travesía pienso en mi casa. No, no en mi casa porque no la tengo, sino en la casa de mis padres, en Colombia. Supongo que ese sentimiento impredecible pertenece a la necesidad de asociar el tocar tierra con la seguridad y el asentamiento. Desde siempre la seguridad y el asentamiento tienen nombres tales como padres, hogar, pueblo natal, patria, y otros que ahora no recuerdo. Ni me importan.

Busqué un cigarrillo aplastado en el bolsillo del tejano y lo encendí mecánicamente. Iba caminando sin prisas, esquivando a los chinos de rostros macilentos que pedaleaban en sus bicicletas portando turistas,

tahúres, frutas, café en granos y todo tipo de objetos artesanales provenientes de Hong Kong, la vieja Hong Kong.

Efectivamente, la cantina era sórdida y Emmanuelle hubiese quedado complacida.

Estaba atestada y tenía el olor de generaciones de vagabundos sudorosos y mujerzuelas de perfumes baratos combinado con el tufillo característico del opio.

Un portugués gigantesco puso una copa sobre la barra, ante mi rostro, y señaló una botella de whisky.

—De acuerdo —dije, en portugués.

—Tiene usted un excelente acento —dijo el barman riendo de su amabilidad.

—¿Qué vendes, encanto?

La sonrisa se hizo más amplia.

—Todo lo que buscas, desde muñecas de porcelana hasta dulces mancebos…

—Paso.

—Tengo polvillo… —dijo la boca sonriente.

Me eché el whisky a la garganta como si fuese una medicina de sabor amargo. Dejé una moneda sobre la barra y sonreí al portugués.

Al fin y al cabo el hombre hacía su negocio y yo tenía aspecto de hambriento.

—Volveré a pedirte consejo el día que busque esposa.

La sonrisa desapareció de su rostro para dar lugar a una expresión atónita.

Salí nuevamente a la calle. No había encontrado a Emmanuelle, de modo que continuaría pensando que el cine no es más que un producto de consumo.

Enfilé hacia el centro de la ciudad, y al cabo de dos o tres manzanas de tugurios en los que se ofrecían todas las miserias humanas por unos pocos dólares, giré a la izquierda.

La calle era ahora un poco más ancha, sin aceras y por encima de las cabezas homogéneas de la misma fauna divisé el techo resplandeciente de una gran limousine. Estaba detenida en medio de un ensanchamiento de la calzada que pretendía ser una plaza, donde multitud de chinos vocingleros tendían sus tenderetes y vendían emparedados de perro y aguardiente casero.

Me sorprendió. El enorme coche me causaba la misma impresión que

si de golpe, en un recodo, viese al Giulio Cesare fondeado en medio del Amazonas y rodeado de jíbaros.

El griterío era atronador, pero detecté el alarido de la mujer flotando como una estalactita sobre los demás sonidos.

Me abrí paso con rapidez y atravesé el círculo de mirones que se había reunido alrededor del Rolls-Royce.

Un chófer de librea impecable mantenía la puerta abierta para que un hombre gordo, enfundado en un traje blanco de piel de tiburón cuyo coste bastaría para mantener a una familia tipo durante un mes, pudiese observar lo que ocurría a tres metros de distancia.

Y lo que ocurría me hizo hervir la sangre.

Dos tipos bien vestidos, pero con aspecto de no alcanzar jamás un porte elegante, atizaban a una muchacha joven.

La chica no debía tener más de veinte años y vestía como todas las prostitutas con un vestido ceñido de seda color granate. La cabellera se pegaba al rostro húmedo de lágrimas y sudor. Uno de los gorilas la sostenía de los brazos, y el otro la abofeteaba con una mano grande como el aspa de un molino.

—El dinero, perra —decía el verdugo con una voz serena y grave. Y la golpeaba.

Aunque la muchacha tuviese el dinero las bofetadas del tipejo le impedían articular una sola palabra.

Toda la vida me he metido donde no me llaman y he aprendido el lenguaje de la violencia. Es más, soy experto.

Dejé el petate en el suelo y avancé hacia el grupo.

Eché un vistazo al gordo que apoyaba su vientre de ballenato en dos rodillas grandes como pilotes de mantequilla y descubrí una repugnante excitación en su rostro porcino.

El chófer era alto y musculoso y sólo su uniforme de mariscal retirado lo diferenciaba de los dos matones que atizaban a la mujer.

Decidí pecar de prudente y curarme en salud, de modo que hundí mi codo derecho en el estómago del chófer y cuando se dobló le apliqué un golpe seco y veloz en la nuca. Ya estaba desmayado cuando se desparramó en el suelo enlodado. El gordo estiró una mano regordeta hacia la puerta y yo la cerré de una patada. Sentí el crujido de los dedos aplastados contra el filo de la portezuela, pero no lo miré. Los dos matones acaparaban toda mi atención.

No se habían percatado de mi actuación y eso era precisamente lo que yo deseaba. Me planté de un salto detrás del que golpeaba

sistemáticamente el rostro tumefacto de la muchacha y cerré los dos puños junto a mi cintura, con los brazos flexionados, para asestarle un doble golpe de karate en los riñones. El aire escapó de sus pulmones justo en el momento en que le di la vuelta cogiéndolo por el hombro y hundí mi rodilla derecha en su entrepierna. Los ojos enrojecidos se pusieron blancos y lo aparté de mi camino para que cayera a un lado.

Ya estaba furioso, pero el rostro ensangrentado de la pequeña prostituta me enloqueció.

El gorila la arrojó lejos y la chica se desplomó como una muñeca de trapo.

—Muy valientes —dije con una sonrisa de desprecio.

—Hijo de perra… —murmuró serenamente el matón y reconocí en él la profesionalidad del experto guardaespaldas sostenido por la impunidad que da el dinero de su amo.

Armé una guardia de boxeador y el tipo cayó en la trampa. Sonrió y dio un paso hacia mí con los puños levantados. Sólo que yo no tenía ninguna intención de respetar las reglas de la Federación Internacional de Boxeo.

Lancé un Mae Gen, mi puntapié frontal característico, y mi pie golpeó secamente el bajo vientre del gigantón. Giré entonces mi pie izquierdo y asesté un Yoko Geri, la terrible patada lateral, al rostro que comenzaba a ponerse del color del jugo de las remolachas. Todo había ocurrido en pocos segundos, tal como aconsejaba mi maestro de karate cuando vivía en Kyoto, el anciano Seybun.

«Serenidad, velocidad y precisión», repetía el anciano Seybun hasta el cansancio. «Recuerda que tú eres el golpe».

Y yo jamás lo había olvidado.

Me dirigí hacia la muchacha y la ayudé a ponerse de pie en el preciso instante en que se escuchaban los frenéticos silbatos de la policía de los muelles.

—Vámonos de aquí —dije cogiéndola de la cintura.

Un niño vestido con harapos me alcanzó mi petate y el círculo de mirones se abrió para darnos paso y cerrarse nuevamente como la compuerta de una represa. El odio a la policía parece ser internacional en lo que respecta a ciertos estamentos de la sociedad. Apuramos el paso por las callejuelas aproximándonos al mar guiados por el niño.

La chica apenas si podía sostenerse y murmuraba palabras ininteligibles. Yo prácticamente la llevaba alzada y así llegamos hasta la orilla del mar aceitoso y florido — es un modo de decir— de

embarcaciones-vivienda.

Unos estrechos caminitos flotantes construidos de juncos se mecían entre los cientos de sampanes detenidos que formaban una deprimente ciudad de chabolas acuáticas.

Me detuve.

—¿Hablas portugués?

—Entiendo —replicó con los labios amoratados.

—Vete y ocúltate. Tú, chico, ayúdala.

Los ojos de la prostituta brillaron con un encantador destello de agradecimiento. Se lo agradecí con una caricia a sus cabellos desordenados, pero no me sentí ningún héroe. Ya estaba demasiado viejo para vivir de pequeñas proezas como aquélla.

Los miré mientras desaparecían en el laberinto de embarcaciones atestadas y me volví hacia la calleja.

Tres policías uniformados llegaban a la carrera. Uno de ellos esgrimía el revólver de reglamento y consideré oportuno mostrar mis manos desnudas.

—Está detenido —dijo en portugués— no se resista.

—Está bien —repliqué— soy ciudadano francés, deseo ver a mi cónsul.

Me cogieron uno de cada brazo y por entre el mundillo que volvía a vagar indiferente fui guiado hasta el camión celular.

Cuando pasamos por la plazoleta pude ver a los dos gorilas boqueando como peces sobre la arena, al gordo con una mano envuelta en un pañuelo grande como una sábana y al chófer en la misma posición en que había caído.

El maestro Seybun hubiera reprendido mis modales: «El karate es la mejor arma para no ser utilizada jamás», hubiese dicho con su sonrisita enigmática, pero yo estaba seguro de que no estaría defraudado por la exhibición de mi técnica impecable.

La Central de Policía era un edificio sucio y gris, como todos. Me llevaron a una habitación sucia y gris y me obligaron a sentarme en una silla sucia y gris.

No era un ambiente muy agradable.

Suspiré con fatiga. Conocía hasta el cansancio las dependencias policiales y había llegado a acostumbrarme a la personalidad de los tipejos que se escudan tras el uniforme. No todos eran alimañas, incluso había conocido algunos policías decentes, pero la estadística no los favorecía.

Decidí esperar ya que no tenía otra alternativa. El pez gordo del Roll-Royce tenía aspecto de personaje importante y eso me traería problemas.

Las complicaciones han sido mi especialidad desde que cumplí dieciocho años, de modo que toda mi atención se concentró en extraer otro cigarrillo aplastado como los pitillos turcos y encenderlo con displicencia.

Un oficial joven entró en el despacho y cerró la puerta a su espalda.

Los dos policías que me habían acompañado y permanecían de custodia, lo saludaron como hacían los nazis en las películas norteamericanas de la posguerra.

—Pasaporte —dijo el oficial.

Era alto, elegante, con la melena oscura tirante de laca y la frente sudorosa.

Tenía las mejillas hundidas y salpicadas por una erupción desagradable, pero por lo demás parecía un figurín.

Le entregué mi pasaporte francés y mi cartilla de embarque.

Los miró durante varios minutos y cuando habló lo hizo casi amigablemente:

—Está en un apuro, señor… ¿Gastón Villard?

—Tal vez —repliqué.

El oficial se permitió una sonrisa que dejó al descubierto una dentadura inmaculada y… postiza.

—Las peleas no son de nuestro agrado —continuó— y menos cuando en ellas el perjudicado es un importante…

—Un cerdo hijo de perra —dije con calma.

No me gusta escuchar el mismo sermón amedrentador de la policía, de modo que pensé que debía mostrarle cuál era mi verdadera personalidad.

—Ha agredido a cuatro hombres, señor Villard.

Pronunciaba mi apellido como si fuese una muestra tóxica en el leprosario de moda.

—Puede llamarme Cacho —dije sin sonreír, pero con amabilidad.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—¿Todavía no lo sabe? —pregunté a mi vez.

El señorito se había armado de paciencia y se lo agradecí. Nada me ofusca más que un representante de la ley histérico.

—Prefería sacar mis propias conclusiones una vez que usted me dé

su punto de vista — dijo con amabilidad.

—De acuerdo. Había un señor gordo gozando en su Rolls-Royce mientras un chófer sostenía la puerta abierta y dos gorilas atizaban a una pequeña prostituta. Esa es la coreografía. Me limité a defender a la muñeca. ¿Cree que debería haberme sumado a la paliza y ayudado a los matones? Tal vez en ese caso ahora estaría bebiendo buen scotch en una mansión del barrio residencial junto al gordito sádico y su equipo de carniceros.

Vi el rostro del oficial abandonar la tensión y sonreír con naturalidad.

Cuando habló detecté en él una fibra de amistad, nada demasiado ostentoso, pero suficiente para un policía en una ciudad como Macao.

—Escuche, oficial, me da la impresión de que es usted un policía derecho, quiero decir…, honesto, por lo que me doy cuenta de que sabe muy bien quién es el personaje del Rolls-Royce y que jamás me hubiese metido en una pelea tan desparejada por puro deporte. ¿Qué tal si dejamos las cosas así? Mi barco sólo permanecerá tres o cuatro días en Macao. Volveré a bordo y no saldré ni siquiera para comprar un trozo de sexo artificial. —Ya hemos dado parte a su consulado, señor Villard.

—Eso no es problema.

—Lo sé.

—¿Y bien?

—Un policía lo acompañará hasta el consulado y de allí a su barco.

—Ya.

—No me dé las gracias —dijo con ironía.

—Gracias. ¿Cree que podrá soportar la furia del pez gordo?

—No creo que venga por aquí a envalentonarse con nosotros.

—No es trigo limpio, ¿verdad?

—No, no lo es.

Me puse de pie y encendí otro cigarrillo, el último del paquete arrugado.

—Podría hablar por teléfono con el consulado y evitarme el viaje hasta allí —propuse—. No me gustan los trámites burocráticos.

—No puedo ayudarlo, señor Villard. Es el cónsul el que desea hablar con usted. Hay una carta esperándolo allí. Una carta urgente.

No soy un tipo emotivo y por esa razón he podido llevar la vida que he elegido. Sin embargo, confieso que sentí algo helado devorando mi pecho. Yo era la oveja descarriada, el bandido de la familia. Mis padres

y mi hermano eran el bastión seguro y querido que jamás se tambaleaba.

Era la primera vez que me detectaban en un puerto aislado. Ni siquiera sabía cómo habían descubierto en qué barco navegaba ni cuál sería su ruta. Y eso me alarmó.

El oficial llamó a uno de los policías que me habían detenido y le dio instrucciones. —Espero que no volvamos a vernos, señor Villard —me espetó con una sonrisa severa cuando yo alcanzaba la puerta de salida acompañado por su subalterno.

—Ha sido un placer, créame —dije con mi voz de barítono.

La puerta se cerró sobre su figura impecable, rodeada de la decoración gris.

Trepamos a un coche policial y emprendimos el camino de la embajada. El chófer se abría paso con el claxon y su voz áspera y a cada momento parecía que el parachoques iba a embestir a algún cuerpo ágil y delgado de los cientos que hormigueaban por las callejas.

Cuando estuvimos a quinientos metros del edificio de la embajada, consiguió enganchar la segunda marcha y me dio la impresión que ese sólo acto, le producía más satisfacción que una amante vietnamita en una noche de borrachera.

—Aquí lo aguardamos, Villard —dijo el policía encendiendo un cigarrillo y reclinándose sobre el capó del coche.

—Volveré —dije y le hice la señal de la victoria.

CAPÍTULO II

EL embajador no estaba, no había tampoco ningún cónsul de paso, solamente una graciosa secretarla de muy buen ver que me obsequió con una mirada Indefinible. Yo la Interpreté del modo más conveniente y por ello le sonreí.

—Soy Gastón Villard —dije— hay una carta para mí.

—Un momento, por favor.

Se puso de pie y cruzó la estancia hasta una puerta que decía «Privado». Me regocijé con el bamboleo perfecto de sus caderas y la visión de unas pantorrillas más que sugestivas. Regresó con un sobre entre las manos, y una sonrisa encantadora en su rostro y el pecho inflamado de suspiros.

—Esta es —dijo— firme aquí, por favor.

Firmé y abrí la carta.

Reconocí enseguida la letra de mi padre, prolija y ligeramente inclinada hacia la derecha. Estaba fechada en Bogotá un mes atrás.

—¿Cuánto hace que llegó? —pregunté a la chica, olvidado de sus encantos.

—Diez días aproximadamente.

Leí con rapidez y comprendí que aquella estalactita hela da que se había instalado en mi pecho estaba plenamente justificada.

—¿Malas noticias? —preguntó la secretaria solícita.

—Póngame con la Central de Policía, por favor.

Un minuto después escuchaba la voz del oficial elegante y de rostro percudido.

—Lo siento, oficial —comencé—, son malas noticias. He de coger el primer avión y procurar llegar a Colombia cuanto antes. Le ruego que

diga a su policía que me deje en libertad de acción. Le prometo evitar cualquier problema.

—Bien, le diré por radio que recoja sus cosas en el barco y se las entregue en la embajada. ¿Se quedará allí, no es así?

Miré a la muchacha.

—Aquí estaré.

—Adiós —y colgó.

—Me ocuparé de las reservas —dijo la joven con aire eficiente y natural.

—Gracias.

Leí y releí la carta mientras ella se ocupaba de las reservas. Mi padre me había enviado además cinco mil dólares por si yo estaba sin blanca.

La carta era breve, pero concisa. Decía lo siguiente:

«Querido Gastón: Lamento llevarte esta noticia, pero sólo tú estás en condiciones de ayudarnos. Se trata de Aldo, ha desaparecido. Todo resulta muy difícil de explicar y espero hacerlo personalmente. Tu madre y yo tememos por su vida, el tiempo se agota. Tú ya conoces la selva y lo que hay en ella. Es todo cuanto puedo decirte por ahora. Envío un talón por cinco mil dólares para que puedas venir del modo más rápido. Tal vez la vida que has llevado y con la que jamás estuvimos de acuerdo sea ahora nuestra única alternativa. Te esperamos,

»Pierre Villard.»

Eso era todo.

* * *

Aldo era mi hermano, siete años menor. Un chico estupendo, estudioso, deportista y con un corazón capaz de albergar dentro al mismísimo Machu-Pichu. Yo sentía debilidad por él y había sido el único de toda la familia y el grupo de conocidos y amigos que jamás había censurado mi vida. Éramos amigos, verdaderos amigos.

Miré mi reloj como un imbécil. Como si la esfera negra y móvil pudiese explicarme el tiempo que había transcurrido desde que viera a Aldo por última vez, y lo que era todavía más cruel, el tiempo que hacía que me había largado a correr mundo como un aborigen de nuevo estilo.

Él y yo formábamos un equipo que se mantenía intacto a pesar de los períodos de separación. Y ahora Aldo había desaparecido, como ocurre en las novelas policiacas. Levanté la vista. La secretaria estaba observándome.

—Lo siento —dije—, la carta me ha trastornado.

—Sus reservas están listas. Hay un vuelo para esta noche. Tendrá que trasbordar en París, pero no perderá tiempo. Ha tenido suerte.

—Gracias.

Sonrió y regresó a su máquina de escribir.

—Me quedaré por aquí hasta que me traigan las cosas del barco, no la molestaré.

—De ninguna manera. ¿Le apetece una taza de café?

—Encantado.

Sirvió una taza de humeante café renegrido y áspero como la dentadura de un caníbal. Calculé que el aliento del diablo sería igualmente amargo.

Cogí un cigarrillo de una caja de cuero y plata y me hundí en un sillón de cuero. Podía oír al resto del personal en las demás dependencias de la embajada, pero nadie apareció en nuestra estancia.

Aspiré el humo y recordé. A veces, en contadas situaciones, cuando me detengo y dejo de correr detrás de mis absurdas quimeras, la memoria me juega estas pasadas.

Regresé muy atrás, cuando Aldo y yo formábamos un verdadero equipo y recordé instantáneamente nuestra última pelea contra el resto del mundo…

* * *

El estadio de Rugby estaba repleto y el partido a punto de acabar.

Aldo y yo éramos los primeros en la línea.

—Aldo, olvídate del entrenador y todas sus bobadas. Tú y yo conseguiremos el tanto decisivo. Tú corre con el balón que yo me haré cargo del resto.

Me miró con su eterna mirada de niño ingenuo e inteligente.

—De acuerdo, al diablo con las reglas —dijo entusiasmado.

La pelota llegó a mis manos y lancé mis ochenta y cinco kilos de peso y mi metro ochenta y tantos contra el enemigo.

Dejé que me detuviera, pero no sin antes arrastrar conmigo a tres de ellos. Giré en el último momento y lancé el balón a Aldo.

Era rápido como una centella y yo salí detrás de él. Yo también era rápido y nos entendíamos a la perfección. Fuimos pasándonos el balón a medida que nos obstaculizaban la carrera y anulando uno a uno a nuestros adversarios. Aldo se merecía el tanto de modo que aguanté el último tramo y en el último instante le pasé el balón y él lo depositó

tras las líneas, zambulléndose como un delfín.

Nos abrazamos y yo convertí el tanto.

El árbitro pitó el final del partido y la algarabía fue total. En nuestro equipo y nuestros aficionados, desde luego.

Todo ocurrió durante el tercer tiempo.

El tercer tiempo consiste en el piscolabis que ofrece el club a jugadores y afición. Bebimos y engullimos hasta que se hizo de noche. Una noche típicamente colombiana, húmeda, pesada y oprimente.

Entonces se acercaron cuatro de nuestros antideportivos adversarios y comprendí que estaban bebidos.

Aldo tenía entonces dieciocho años y yo veinticinco. Era un muchacho fuerte como un toro y muy impulsivo. Yo siempre he sido frío como un pescado y por ello lo sostuve de un brazo.

—Buscan camorra, hermanito. No te sulfures.

—Los francesitos hacen buena pareja —dijo uno de ellos y me exhaló al rostro su aliento de 50 grados.

—Los francesitos somos perfectos —dije con sorna.

Hablábamos en castellano como lo hacíamos desde que llegamos a Colombia. En casa, entre nosotros conservábamos el francés por indicación de mi padre. Hacía quince años que vivíamos en Bogotá.

—Yo creo que sólo sois dos maricones.

La voz del que había largado el insulto era igual de pastosa que su antecesor en los comentarios. Sentí la tensión de los músculos de mi hermano bajo mis dedos y no pude detener su respuesta.

—Tal vez si hablas confidencialmente con tu hermana cambies de opinión —dijo con una sonrisa encantadora, pero yo sabía que comenzaba a hervir.

El salón estaba repleto y en el centro unas cuantas parejas bailaban una cumbia.

Hubiera preferido que los acontecimientos se desarrollaran en el exterior, pero ya era demasiado tarde.

El tipo que nos había insultado decidió que el honor de su hermana exigía una respuesta rápida y lanzó el contenido de su copa de alcohol al rostro de mi hermano.

No pude contenerme. Cogí su brazo, lo levanté y le propiné un puñetazo en el pecho girando la cadera para aumentar la fuerza del impacto. Se quedó sin respiración. Todavía no era un cinturón negro, pero todos decían que había nacido para el karate.

Mi hermano se lanzó sobre el segundo y le hundió la nariz con una trompada de toro.

La pelea se generalizó y finalmente la barahúnda fue total.

Llegamos a casa llenos de contusiones y con las ropas hechas un asco, pero con la sangre liberada. Contentos de nuestra camaradería.

Fue precisamente entonces cuando se lo dije:

—Hermanito, me largo.

Sostuvo mi mirada. Habíamos hablado siempre de que algún día ¡ría a correr mundo, pero su rostro se tensó como un diapasón.

—Te extrañaré, Cacho.

El apodo se lo debía a él, así me llamaba cuando sólo sabía unas pocas palabras y llevaba pañales.

Desde entonces, diez años atrás, sólo lo había visto en seis o siete oportunidades. Aldo se había dedicado a estudiar y era ingeniero de minas.

Yo viajé y cometí muchas tonterías, pero continuaba sin poder detenerme.

El cigarrillo se había consumido entre mis dedos cuando entró el policía con mi mochila y se largó con rapidez.

Eran las tres de la tarde.

—¿A qué hora terminas? —pregunté a la muchacha.

—A las cinco —replicó con una sonrisa.

—¿Puedo invitarte a una copa?

—Gracias, pero tengo un marido y un niño aguardando mi regreso.

—Me alegro por ti, pequeña.

Le di la mano, cogí mis bártulos y salí al tumulto de Macao.

* * *

Me entretuve comiendo un cocido de contenido indescifrable y luego cogí un taxi hasta el aeropuerto. Pagué el pasaje reservado, compré cigarrillos y me senté a esperar que anunciaran mi vuelo.

Cuando mi reloj confirmó que faltaban quince minutos para embarcar me puse de pie para ir al lavabo.

Los vi por casualidad. Si no hubiera seguido con la vista el paso cadencioso de una hermosa gacela oriental allí dejaba mis maltrechos huesos. Pero los detecté ocultos tras el escaparate de un quiosco de periódicos. Eran los dos gorilas de la pelea callejera. Continué mi camino y entré en el lavabo. Me encerré en uno de los cuatro cubículos que ocultaban los inodoros y cerré la puerta. Un minuto después

escuché los pasos de un hombre que entraba en la estancia y cerraba la puerta. Supuse que su compañero se había quedado de guardia para impedir interrupciones molestas. También supuse que el carnicero llevaría artillería. Yo había demostrado ser un tipo duro y ellos eran profesionales, no cometerían un nuevo error.

Me encaramé al tabique que separaba mi cubículo de los demás y fui hasta el más alejado. Descendí, dejé mis petates en el suelo y me agaché. Asomé el rostro y vi al hombrón con una mano dentro de la americana frente a la puerta donde suponía que yo estaba.

Salté hacia él y lo golpeé en ambos lados del cuello a la vez. Lo sujeté de los sobacos, lo senté en un inodoro y cerré la puerta no sin antes coger su 45. Me dirigí a la puerta, la abrí y hundí el cañón de la pistola en los riñones del secuaz. Retrocedió dentro del cuarto de baño y le aticé un mamporro detrás de la oreja.

Repetí la operación anterior y dejé la artillería en el suelo. Antes de marcharme decidí cobrarme una indemnización por daños y perjuicios. Sólo recolecté doscientos dólares, pero tampoco había trabajado tanto.

Trepé la escalerilla del avión el último y mientras nos elevábamos sobre Macao, volví a experimentar esa helada sensación de temor que me llevaba hasta mi hermano.

Comprendí por fin lo que significaba la frase de mi padre: «Aldo ha desaparecido» y estuve a punto de llorar.

* * *

El avión de Air France aterrizó puntual en el aeropuerto de Bogotá y yo, pegado a la ventanilla, procuraba descubrir los nuevos rasgos de mi país de adopción. El corazón parecía un martillo pilón entre mis costillas y cuando salí a la escalerilla aspiré el aire húmedo y caliente.

Siempre que regresaba a Bogotá lo hacía por sorpresa. Esta vez descubrí a mi padre detrás de los cristales aduaneros. Tenía el mismo porte esbelto y vigoroso de siempre, pero percibí el rostro avejentado y los ojos hundidos.

Sólo llevaba ropa vieja y muy usada de modo que no me incordiaron demasiado. Cinco minutos después de descender del avión abrazaba al viejo con más fuerza que nunca; el abrazo abarcaba también a mi hermano ausente y los dos lo sabíamos.

—¿Cómo estás, Cacho?

—Bien, muy bien. ¿Qué sabes de Aldo?

Nos miramos profundamente.

—Pareces un náufrago —dijo mi padre y a continuación agregó—:

Nada, no sabemos nada del chico.

Para mi padre Aldo siempre sería el chico.

Comenzamos a andar en dirección a la salida del aeropuerto y a medio camino un hombre bajo y sólido, enfundado en un traje oscuro, se aproximó a nosotros.

Mi padre me detuvo y dijo:

—El señor es Ramón Eckard, pertenece al gobierno.

—Mucho gusto —dije apretando su mano carnosa y fuerte.

—Creo, señor Villard, que deberíamos conversar en un sitio menos concurrido —dijo el hombre.

Abrió la marcha en dirección a un enorme Ford azul y se situó detrás del volante. Mi padre ocupó la otra butaca y yo me senté en el asiento posterior.

Conociendo a mi padre supuse que habría tomado las riendas del asunto con el beneplácito de alguna autoridad. Jamás hubiese hecho nada que fuera en contra de la ley. Yo no había salido a él y tal vez por eso estaba allí a punto de escuchar qué era lo que habían estado elucubrando desde que Aldo desapareciera.

—¿Por qué no me hacéis un resumen de la situación?

Mi padre miró a su acompañante.

—Todo lo que tenemos es esto —dijo Eckard—: Su hermano es experto en minas y durante seis meses recorrió parte de la Amazonia colombiana en busca de muestras de minerales. Estaba haciendo progresos cuando un buen día desapareció. Ya le indicaremos exactamente en qué zona. En un principio pensamos que podría haber sufrido un accidente, pero luego lo descartamos. Hallamos su campamento y algunas muestras de violencia, pero ningún otro rastro.

—¿Iba solo?

—No, dos hombres lo acompañaban.

—¿Tampoco fueron hallados?

Esta vez fue mi padre el que respondió.

—Uno de ellos sí. Muerto.

—¿Cómo murió? —pregunté.

—De una herida cortante en el cuello. Fue golpeado con un machete de monte.

—Lo degollaron —dijo Eckard.

—¿Y el otro?

—Jamás pudimos hallarlo.

Eckard volvió a hablar:

—Puede estar en cualquier sitio.

Pude experimentar el mismo temor que recorría a mi padre. Aldo también podía estar en cualquier sitio, muerto desde hacía semanas.

—¿Ha oído hablar del Caburé? —preguntó Eckard.

—Conozco sus historias —dije.

—No son historias, hemos sabido que el Caburé ronda por la zona donde desapareció su hermano.

Si Aldo había caído en manos de aquel bastardo del Caburé, no habría nada que hacer. Eckard debe haber leído mi pensamiento porque inmediatamente agregó:

—Yo pienso que su hermano no ha muerto.

Detuvo el coche delante de un edificio nuevo, estucado y con grandes ventanales abiertos al poniente.

—¿Qué más piensa? —pregunté mientras bajábamos del Ford azul.

—Que ha sido secuestrado —dijo el hombre con una serenidad digna de Buda.

CAPÍTULO III

COLOMBIA es un país situado al noroeste de América del Sur y limita al norte con el mar de las Antillas, al este con Venezuela y Brasil, al sur con Perú y Ecuador, al oeste con el océano Pacífico y al noreste con Panamá. Cuenta con treinta y cuatro millones de habitantes entre los que hay un 50% de mestizos, un 20% de blancos y el resto conforma una gama racial de negros, mulatos, zambos e indios.

Un diez por ciento de la población total habita en la capital, Bogotá.

Más de la mitad de la superficie colombiana se halla situada al este de la Cordillera Oriental y está prácticamente despoblada. En este área, 400.000 kilómetros cuadrados pertenecen a la cuenca del Orinoco, con su vegetación herbácea y llanos que se extienden hasta Venezuela; y 270.000 kilómetros cuadrados corresponden a la cuenca del Amazonas. La Amazonia colombiana está cubierta en su mayor parte por selvas vírgenes en la que habitan unas pocas tribus salvajes o semisalvajes. Y en ese territorio duro, oscuro, virgen, donde la civilización no parece tener cabida se ocultan algunas bandas de delincuentes que sí tienen cabida en esta civilización nuestra de computadoras y vuelos espaciales.

Mi hermano, Aldo Villard, había sido secuestrado por el peor de aquellos bandidos contemporáneos, un carnicero de largo historial llamado Caburé.

La Amazonia colombiana cobijada al Caburé como a un hijo salvaje de la fronda impenetrable.

Si Ramón Eckard estaba en lo cierto, yo tenía tantas posibilidades de dar con él, como de hallar una gota de mercurio en el Mediterráneo. Y si daba con él y estaba vivo nuestras posibilidades de escapar del Caburé prácticamente no existían.

Sin embargo, yo contaba con algo en mi favor: estaba entrenado

para realizar empresas imposibles, toda mi vida había sido una sucesión interminable de empresas imposibles. Tenía experiencia, más de la que necesitaba para afrontar el Juicio Final y por encima de todas las cosas quería a mi hermano y estaba dispuesto a morir antes que abandonarlo allí donde estuviere.

Una secretaria de aspecto mustio, ojos de ardilla y rostro aguzado nos sirvió sendas tazas de té frío y desapareció como un fantasma sin esperanzas, en el laberinto burocrático del ministerio.

Yo estaba inclinado sobre un gran mapa de la Amazonia colombiana como si esperara una intuición que me señalara el mejor camino hasta el corazón de la selva, hasta mi hermano.

—¿Por qué precisamente yo? —pregunté.

Mi padre hizo ademán de darme una respuesta, pero Eckard lo atajó con un gesto de su mano regordeta:

—Hemos buscado durante dos semanas con helicópteros, patrullas del ejército y de la guardia forestal y todo ha resultado inútil. No tenemos más tiempo ni hombres suficientes para rastrillar la selva, lo cual resultaba desde todo punto de vista imposible. Pero hay algo que sí podemos hacer.

Eckard hizo una pausa para terminar su té y a continuación encendió un puro.

—¿Y bien? —lo alenté.

—Conocemos el sistema de operaciones del Caburé. Asalta puestos avanzados de explotación forestal, roba las nóminas de los trabajadores, trafica con mujeres y coca y no se detiene ante nada.

—De modo que tiene contactos en la ciudad —dije.

—Exacto —sonrió Eckard.

—Comprendo.

—Conocemos unos cuantos sitios donde Caburé realiza sus contactos. Jamás viene a Bogotá, es una especie de salvaje que no sale de la jungla. Pero sus hombres sí lo hacen. —Creo que usted tiene un plan, señor Eckard.

Mi padre se puso de pie y se acercó a mi butaca. Apoyó sus manos en mis hombros y me miró fijamente.

—Todo lo que necesitamos es una pista —dijo— y tú eres el más Indicado. Caburé ha detectado a todos los agentes del gobierno que pretendieron Infiltrarse en su primitiva organización.

—¿Qué ocurrió con ellos? —pregunté sólo por registrar otro Informe sangriento en mi acerada memoria.

—Los descuartizó, los arrojó a las pirañas o simplemente los degolló —dijo gravemente Eckard.

—Estupendo. ¿Cuáles son esos sitios donde el Caburé realiza sus contactos?

—Hijo, esta decisión de llamarte ha sido muy dura para mí. Tu madre está al borde de una crisis y sé que es muy peligroso. Pero sé que jamás me hubieras perdonado si no te informaba de todo este asunto y sé también que tú y Aldo sois…

Su voz se quebró y yo sentí un nudo que trepaba a mi garganta y amenazaba deshacerse allí, como una pelota de algodón.

—Estás en lo cierto, papá. Yo encontraré a Aldo y lo traeré de regreso a Bogotá.

Me miraron como si fuese el hombre de acero.

Sonreí.

—No es ninguna fanfarronería, se trata de una empresa en la que está comprometido mi hermano. Si no vuelvo con él yo tampoco regresaré.

Encendí un cigarrillo.

—Tendrá todo el apoyo oficial que necesite. Absolutamente todo —dijo Eckard.

—Tengo mis contactos en Bogotá, prefiero hacerlo todo a mi manera. Sin embargo, hay algo que podría ayudarme mucho.

—Lo que sea —dijo Eckard.

—Una credencial. Necesito una credencial que me evite cualquier Inconveniente con las autoridades, con cualquier autoridad.

—Eso está hecho, la tendrá hoy mismo.

Miré a mi padre y apreté su mano. Entonces volví mi rostro a Ramón Eckard y decidí que era el momento de echar todas las cartas sobre el tapete.

—Señor Eckard, ¿cuál es el interés del gobierno en mi hermano? ¿Por qué están tan interesados en él?

Había dado en el blanco y el hombre se ruborizó ligeramente.

—Queremos al Caburé, vivo o muerto. Pero eso no es todo, su hermano trabaja también para el gobierno, tiene ideas y proyectos fundamentales para la economía de nuestro país. Lo necesitamos vivo y cooperando con nosotros.

—Pero fundamentalmente necesitan al Caburé muerto, ¿no es verdad?

—Así es.

—Todos los hombres son substituibles, Eckard —dije recordando a todos los compañeros que había tenido durante mi vida y que habían muerto o desaparecido.

—Tal vez —dijo el hombre—, pero ¿es su hermano substituible para usted?

Confieso que me sentí acorralado. Había dado en el blanco. Aldo no era substituible para mí.

—Bien —dije—, iré a saludar a mi madre y usted me hará llegar la credencial que le he pedido esta tarde a mi casa. Quiero una papeleta que no deje lugar a dudas al funcionario que la lea y quiero que esté plastificada y pueda doblarse hasta convertirla en una cinta de no más de dos centímetros de ancho por diez de largo cuando esté plegada. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—No volveremos a vernos, Eckard —dije—, al menos hasta que haya regresado con mi hermano.

El hombre me tendió la mano y luego estrechó la de mi padre. Salimos separados del edificio y nos reunimos a un par de manzanas de allí, junto a una parada de taxis.

—Vamos a casa, hijo. Tu madre necesita verte.

Hicimos el trayecto en silencio. Mi padre había aliviado en parte su corazón y yo hacía frenéticos planes de operación recordando a mis viejos amigos, a mis antiguos contactos del bajo mundo de Bogotá.

Nos detuvimos ante la vieja casona familiar y descendimos con rapidez. Apenas atravesamos la puerta percibí el olor de mi casa, un olor antiguo y querido. El olor de una época en que todo era posible.

—¡Cacho! —escuché el grito de mi madre y la vi precipitarse hacia mí.

Estaba avejentada, pero continuaba siendo una mujer vigorosa y viva. Ella y mi padre habían recibido una herencia en París y lo vendieron todo para comprar una finca en Colombia. Trabajaron como esclavos y levantaron una hacienda rica y económicamente fructífera. Tenían plantaciones de café, almendras, bananos y últimamente habían agregado algodonales. Cuando tuvieron todo en marcha compraron la casa de Bogotá y dividían su tiempo entre la hacienda y la vivienda de la capital. No eran unos oligarcas de primer orden, pero su situación económica era excelente.

Yo había trabajado esporádicamente en la hacienda hasta que decidí

plantar bandera y largarme a vivir mi vida.

Jamás comprendieron la índole de mis aventuras y mi padre tuvo fieras disputas conmigo. Mi madre, por su parte, sufría en silencio, pero comprendió desde el principio que yo jamás cambiaría de opinión y decidió resignarse.

Amo a mi madre, es una mujer de hierro.

Ahora, teniéndola entre mis brazos, experimenté una añeja sensación de cariño olvidado y me maldije por haberlos abandonado durante tanto tiempo.

—No te preocupes, Emma —dije llamándola por su nombre, como hacía cuando era pequeño—, yo traeré al benjamín de regreso.

Sus sollozos convulsivos estuvieron a punto de quebrarme el corazón, pero no podía permitirme ninguna blandura.

—Te he preparado los frijoles como a ti te gustan —dijo mi madre secándose las lágrimas y recuperando su aspecto recio y firme.

—Es todo lo que necesito para salir de casa —dije sonriéndole y cogiendo a los dos por los hombros fuimos hasta la cocina, el sitio donde mejor nos habíamos sentido siempre, cuando todos formábamos un equipo unido.

* * *

La credencial llegó puntualmente tal como yo la había pedido. Me encerré en mi viejo cuarto y la introduje en un brazalete de plata que ajusté a mi muñeca derecha. La mujer que me lo había regalado decía que allí podría conservar un mechón de sus cabellos. Jamás lo hice y ella no pareció decepcionarse. Pero el brazalete me había sido muy útil. No siempre había viajado con mis propios documentos.

Bajé al sótano y soldé el brazalete. No podría perderlo y no sería sencillo quitármelo como no me amputaran la mano o lo aserraran.

Subí nuevamente a mi cuarto y me cambié de ropas. Un tejano nuevo, mocasines de cuero, una camisa limpia de color azul y una cazadora de cuero. Era un atavío que usaba todo el mundo, desde los estudiantes, a los señoritos deportivos de la alta burguesía pasando, claro está, por los macarras de los barrios a los que yo me dirigiría.

Mi navaja automática encontró su sitio en el bolsillo interior que había cosido a mi tejano, sobre la cadera izquierda. Decidí que no necesitaba nada más. En el último momento agregué mil dólares a mi brazalete y distribuí 50.000 pesos en los bolsillos.

Cogí mi mochila y descendí hasta la planta baja para dirigirme a la cocina.

Mis padres me miraron como si no se hicieran a la idea de que yo estaba allí metido en una situación increíble.

—Me voy —dije—, no volveré a contactar con vosotros a menos que sea absolutamente necesario. Telefonearé esta misma noche o mañana para dejaros un número de teléfono donde tendréis noticias más. ¿De acuerdo?

—Entendido —dijo mi padre.

—No quiero que el número de teléfono que os deje sea conocido por nadie más que vosotros. Mis amistades no tienen buenas relaciones con los organismos de seguridad. —No te preocupes, haremos lo que tú nos indiques, hijo.

Los abracé brevemente y salí a la calle.

La aventura había comenzado y la sensación de acción que me invadía me recordó que aquél era mi hábitat natural. Si no se tratara de mi hermano Aldo me hubiera sentido feliz y despreocupado, pero no era así.

Me alejé caminando, reconociendo las casas vecinas, las aceras de siempre, los árboles avejentados y resistentes, el olor de la ciudad de mi niñez.

CAPÍTULO IV

RODEÉ la periferia del centro de Bogotá porque podría encontrarme allí con algún conocido y no quería propiciar el conocimiento social de mi retomo. En algunos círculos de Bogotá, sobre todo en algunos clubs donde mi familia era conocida, Gastón Villard era un personaje de fantasía. Me hacía gracia la facilidad con que el aburrimiento teje quimeras en los cerebros desocupados.

Tenía un par de lugares que visitar por indicación del buen Ramón Eckard, pero antes debía pertrecharme.

El local de los limpiabotas era estrecho y olía a betún para zapatos, a aceite frito y a sudor seco. Me senté en la última butaca y el limpiabotas, sin mirarme, comenzó a masajear mis mocasines.

—Hola, Chino —dije.

El vaivén del paño se detuvo sobre mi zapato y el rostro de ratón barbado se alzó hacia mí. Una sonrisa quebró los labios resecos y reveló una completa ausencia de dientes.

—¡Cacho! —dijo, e inmediatamente, bajando el tono de voz, agregó —: ¿Cómo va el mundo?

—A trompicones, no vale la pena moverse.

—Eres un rufián. ¿Cuántos años…?

—Demasiados sin venir por aquí, Chino.

—Tú buscas algo.

—Sí —repliqué—, busco a Mariano. ¿Está donde siempre?

—Sin moverse.

—¿Y tú?

—Sigo en mi puesto, pero estoy ahorrando y tal vez el año próximo…

—…Te comprarás un ataúd de cien mil pesos —dije terminando la frase que completaba su sueño, el mismo desde que yo lo conociera.

—Eso es —dijo y me sonrió con sus encías negras.

Cogí su mano y deposité en ella un billete de mil pesos.

—Volveré por aquí —dije.

—Hasta la vista.

* * *

La casa quedaba en las afueras de Bogotá, era una construcción de ladrillos pintados y ventanas pequeñas. Un jardín perfectamente cuidado rodeaba tres de sus lados y el otro lado se abría sobre un barranco escarpado.

Me planté frente a la puerta y vi cómo el sol se enterraba en un horizonte brumoso y enrojecido. Di varias palmadas y aguardé.

Alguien atisbo por entre las cortinas de una de las ventanas y un minuto después apareció Mariano en su silla de ruedas.

—El regreso del hijo pródigo —bromeó mientras se deslizaba hacia mí con vigorosos movimientos de sus brazos.

Abrí el pequeño portón del jardín y salí a su encuentro.

Nos estrechamos las manos con afecto. Mariano era un tipo muy especial y valía mucho.

—Hola, Mariano.

—¿Placer o negocios?

Su rostro redondo se iluminó con los rayos rasantes del poniente. No había cambiado en absoluto.

—Me gustaría que ésta fuese una visita de cortesía, pero tengo problemas.

—Ven adentro, tomaremos un trago.

Empujé su silla hasta la casa y entramos en un salón pulcro y atestado de macetas con plantas tropicales.

Mariano podría haber llegado a ser un formidable jardinero y vivir de eso, pero en su lugar se dedicaba al tráfico de armas al por menor. Es decir: abastecía a los tipos como yo.

—Me enteré del asunto de tu hermano —comentó— mala cosa.

—Voy a ir a buscarlo.

Podía hablar libremente con él. Su negocio era la discreción.

—¿Qué necesitas?

—Artillería.

—Tengo algunas cosas interesantes.

—¿Conoces al Caburé?

Me miró seriamente y movió la cabeza hacia uno y otro lado.

—No le vendo armas a las alimañas. No se mete conmigo porque se quedaría sin amigos en la ciudad.

—Creo que el Caburé tiene a mi hermano.

Sirvió dos copas de aguardiente y abrió dos botellas de cerveza.

Bebimos en silencio.

—¿Sabes dónde buscar, Cacho?

—Lo averiguaré.

—Bien, supongo que tienes prisa. Vamos al almacén.

Descendimos por una rampa al sótano y Mariano pulsó una palanca oculta en la moldura de un gran ropero de cuatro puertas. El mueble se deslizó con rapidez y entramos en su depósito de mercancías.

Parecía un arsenal, sólo que en los arsenales no había armas bellas y perfectas.

—¿En qué has pensado?

—Una Walther P-38, munición abundante y un par de escopetas del 12, de repetición. —No me sorprende el pedido, tratándose del Caburé. Tengo todo lo que necesitas. —Vendré a recogerlo mañana por la noche.

—Estará dispuesto.

—¿Cuánto?

Mariano desenvolvió una caja de madera y la abrió ante mis ojos. La pistola era nueva, pero yo sabía que él la había controlado perfectamente. Luego, de un baúl, extrajo las escopetas.

—De primera calidad —dijo.

—Lo sé, eres el mejor.

—No te costará nada, Cacho. Tú me sacaste de debajo de aquel vagón.

—No hay trato —dije—, es tu negocio.

—Y en mi negocio yo dicto las normas, amigo.

Sonrió y un mechón de cabello rubio y lacio cubrió sus ojos.

—Te las devolveré a mi regreso.

—Créeme, hermano. Espero que puedas hacerlo.

Regresamos al salón y bebimos otro aguardiente con cerveza.

Hacía muchos años, Mariano había sido sorprendido mientras abría un vagón de armamento del ejército. Yo lo había acompañado sólo por ver cómo lo hacía.

Inesperadamente el convoy se puso en marcha y Mariano cayó entre dos vagones.

Alcanzó a sujetarse de la escalerilla de acero, pero tenía las manos engrasadas y resbaló.

Yo corrí hacia él y lo sostuve. Entonces el convoy se detuvo y los dos vagones chocaron y aplastaron a mi amigo. Fue un momento terrible, Mariano cayó sobre los durmientes y yo salté tras él. Lo sujeté con todas mis fuerzas mientras el convoy reanudaba la marcha sobre nosotros. Lo saqué de allí y lo llevé al matasanos. No había nada que hacer, tenía la espina dorsal fracturada y la parálisis anuló su cuerpo de cintura para abajo. Yo me ocupé de su tratamiento y recuperación. Esa era la historia. Por aquella época, Mariano sólo deseaba abrir un vagón de armas del ejército para hacerse con una pistola reglamentaria. Había hecho una apuesta mientras jugaba al póquer. Había ganado la apuesta, pero había perdido la movilidad de sus piernas.

Nos despedimos casi sin palabras. Mis problemas, de alguna manera, también eran los suyos.

Caminé hasta la parada del autobús y me dirigí hacia el aguantadero mencionado por Eckard.

Yo no conocía el sitio, pero sí la zona en que se hallaba. Era un barrio de antiguas casas señoriales que con el correr de los años había perdido su esplendor y los señores que las habitaban.

Ahora, las que no se hallaban abandonadas o derruidas, se habían transformado en hoteluchos de mala muerte, cantinas frecuentadas por la peor calaña de barriobajeros y prostitutas en cantidad.

Algún chistoso había decidido colocar faroles con bombillas rojas en los portales de los prostíbulos disimulados como si se trataran de burdeles franceses en pleno esplendor.

A aquella hora, escasamente las nueve de la noche, el mundillo autóctono pululaba en busca de presas. Se olía la violencia en la atmósfera húmeda y pesada como una madrina complaciente de los vecinos de la delincuencia.

Unos pocos coches de modelos antiguos, pero aspecto ostentoso formaban hileras junto a los bordillos y las mujeres fumaban entre risotadas y palabras obscenas. Buen sitio para buscar a los contactos del Caburé.

El sitio al que me dirigía se llamaba Los Cachafaces y hacia honor a su nombre, a juzgar por el aspecto del grupito que se aglomeraba ente la entrada.

Era una casa de tres plantas, escasamente iluminada y rodeada por un terreno baldío en el que también había varios coches aparcados.

Tuve la intuición de que aquél era el sitio donde hallaría la primera pista.

A una veintena de metros del portal, me detuve brevemente para comprobar que la navaja no se atascaría en el bolsillo Interior si debía extraerla con prisas. Luego seguí andando, me abrí paso entre los rostros patibularios de un par de mestizos vestidos muy pobremente, un negro que llevaba traje blanco y camisa con gemelos dorados y cuatro o cinco blancos que me observaron con Insolencia.

Los miré fríamente y entré en la casa. Tuve que acostumbrarme a la oscuridad y cuando lo hice descubrí un local atestado de parejas que bailaban apretadamente entre una barra y un corral donde se realizaban riñas de gallos. Al final descubrí una escalera y hacia ella encaminé mi osamenta.

Trepé a la primera planta acompañado por el sonido del gramófono y la voz de Olga Gulliot.

Un tipo se plantó ante mí. Tenía el aspecto de alguien a quien haría muy feliz robar la muñeca de paño a una niñita huérfana.

—¿Adónde crees que vas, capullo? —preguntó en un español nasal y prepotente. —Quiero jugar —dije, procurando ver por encima de su hombro.

—¿Quién te ha invitado, capullo?

—No necesito Invitación —dije—, traigo dinero.

Introduje la mano en el bolsillo y saqué un fajo de billetes que agité ante sus morros.

—Un capullo con pasta, ¿eh?

Decidí que ya era hora de demostrarle que no era ningún capullo, de lo contrario no llegaría muy lejos en aquel ambiente Insalubre.

—Escucha, hijito, deja el verso para el domingo y hazte a un lado.

Si mi tono le produjo alguna inquietud yo no lo noté. De todos modos retrocedió un paso y yo avancé hacia él.

—¿Quién eres?

—Lo siento, hijito —dije y lo cogí de las solapas de su sucia chaqueta lo atraje hacia mí y le propiné un feroz cabezazo en la nariz.

—Y ahora escúchame, tú eres un criado, llévame ante el capanga (1). Te lo pido por favor.

(1) Capanga: en este caso: mandamás. (N. del A.)

Dijo dos o tres palabras Ininteligibles y yo le retorcí el brazo por detrás de la espalda y lo obligué a avanzar delante mío.

Una puerta se abrió al final del descansillo y dos muchachas se enfrentaron con nosotros.

—Muñeco, ¿te Interesa la carne morena? —preguntó una mestiza de boca de tiburón y ojos oscuros.

—Desde luego, princesa. Aguarda a que termine de resolver un negocio y podré enseñarte un par de trucos.

La mestiza se refregó contra mí cuando pasó a mi lado y su compañera lanzó una carcajada que hubiese aterrorizado al mismísimo Papá Doc.

—Andando —ordené a mi prisionero y le retorcí aún más el brazo para que comprendiera que no me gustaban los juegos Imprevistos.

—Allí —dijo con un movimiento de cabeza y señaló un cortinado de terciopelo azul.

Descorrí las cortinas y me encontré ante la puerta de una habitación.

—Abre, capullo.

—No…

—Abre, chiquitín —dije junto a su oído.

El tipo golpeó en la puerta y escuché una voz desagradable y prepotente que llegó del otro lado del tabique:

—¿Qué mierda está ocurriendo ahora?

—Sin tretas, compañero —repetí junto a su oreja sucia y apreté la palanca que inmovilizaba su brazo.

—Soy yo, patrón, el Turco.

La puerta se abrió y sin mirarnos, el patrón nos dio la espalda y regresó a su sillón. —Habla rápido y lárgate —dijo el patrón.

Yo cerré la puerta de una patada y avancé hacia el centro de la habitación.

Era grande y estaba empapelada con motivos florales. Dos lámparas de bombillas amarillas creaban una atmósfera lujuriosa y el olor de la marihuana era sofocante. Detrás de una cortina de grasa había dos mujeres jugando a «cuánto te quiero».

El portazo sobresaltó al patrón que se volvió furioso.

Yo arrojé al Turco sobre él y los dos cayeron al suelo con gran estrépito.

Las ninfas estaban drogadas de sexo y alguna «heroica» que enardecía sus venas; no nos prestaban la menor atención. El patrón

tenía veleidades muy particulares y se regalaba su propio espectáculo en privado.

Salté sobre ellos y golpeé duramente al Turco en la sien. No deseaba tener que vérmelas con dos tipejos de aquella especie. Cayó desmayado.

El patrón era un tipo cincuentón, algo entrado en carnes, con un rostro surcado en cicatrices y pequeñas venas azules. La nariz parecía un boñato atacado por las termitas y los labios finísimos dejaban escapar un aliento sibilante.

—Vengo a hablar de negocios —dije cogiéndolo de las axilas y arrojándolo sobre la misma butaca que había ocupado antes.

—¿Sabes dónde te has metido? —dijo con sangre fría.

Cogí su nariz con la mano derecha, apreté con fuerza y golpeé mi mano brutalmente. El tipo lanzó un grito ahogado y se llevó las manos al rostro.

Le hundí el puño en el estómago y comenzó a vomitar.

—Sé dónde me he metido, patrón —le espeté fríamente.

El tipejo boqueaba su propia bilis que daba asco.

Las ninfas continuaban su safari de carne joven lésbica. Parecían estar en otro mundo y tal vez así fuera: el mundo de las alucinaciones que proporciona la heroína.

Sujeté al amigo por los cabellos grasientos y lo obligué a mirarme.

—Tu nombre.

—Prudencio Moraes, maldito hijo de…

Le sacudí un bofetón que le hizo girar la cabeza como a la niña de El exorcista.

—No eres muy duro, Prude. Compórtate y continuarás tus negocios y tus placeres privados durante otra temporada. ¿De acuerdo?

—¿Qué quieres?

Ahora su tono parecía más cauteloso.

—El Caburé.

Sentí cómo se conmovía y el estremecimiento de su cuerpo fláccido lo hizo todavía más repulsivo.

—El… el Caburé… —balbuceó Incrédulo.

—No me gusta repetirme —dije y volví a golpearlo en el rostro. Comenzó a sangrar por la nariz y su traje de sarga color té se tiñó de pequeñas circunferencias húmedas y rojas. —No sé nada del Caburé —dijo con firmeza.

Comprendí que el temor que durante años había experimentado ante

el solo nombre del bandido de la Amazonia no iba a ser sustituido fácilmente por el temor que yo deseaba infundirle.

Pero conozco algunas tretas muy eficaces, tanto que las emplean todos los servicios de seguridad de nuestra vapuleada América.

—El Caburé —repetí.

—No sé nada.

—De acuerdo, no sabes nada.

Lo golpeé sobre el labio superior con el canto de la mano. No muy fuerte, sólo para atontarlo mientras lo ataba de pies y manos y le quitaba los pantalones y el calzoncillo. Fui hasta una mesilla atestada de botellas y regresé con una cerveza helada. La vertí sobre el señor Prudencio que abrió los ojos y comenzó a murmurar una serie de insultos.

—El Caburé —dije.

—Vete al infierno, el Caburé te cortará el cuello y se beberá tu sangre antes de que tú puedas ver su rostro.

—Muy ingenioso —dije mientras le introducía su propio pañuelo en la boca.

Vi cómo sus pupilas se dilataban de terror y decidí llevarlo hasta el límite.

Cogí una de las lámparas, la apagué y luego arranqué el extremo del cable que estaba sujeto a su pie. Los dos filamentos de cobre ante los ojos bastaron para que comenzara a sudar copiosamente.

Acerqué los filamentos a su vientre y con la mano derecha le mostré el interruptor. Los filamentos rozaron su piel una y otra vez.

—Sólo tengo que accionar el interruptor y tendrás luz propia, cariño —le dije con una voz serena.

Movió la cabeza desesperadamente y procuró alejarse, pero estaba inmovilizado bajo mis rodillas.

—Sólo voy a preguntártelo una vez más. Dirás que sí con la cabeza y te escucharé como un caballero. Si dices que no… —dejé la frase en suspenso mientras clavaba los filamentos en su bajo vientre—. ¿Sabes dónde está el Caburé?

Durante unos pocos segundos pensé que iba a decir que no y ya comenzaba a apartarme cuando movió frenéticamente la cabeza de arriba abajo.

Le quité el pañuelo.

—Está en la Amazonia, cerca del Apoporis, junto a la frontera con Brasil…

—Estupendo. ¿Cuántos hombres tiene?

—Nunca se sabe. Van y vienen, tienes que creerme… —la voz salía entre la sangre que brotaba de su nariz y el labio inferior le temblaba incontrolablemente. El Caburé producía estas descargas psicosomáticas.

—Haz memoria —dije, sólo para infundirle más miedo.

—Es la verdad, no lo sé… nadie lo sabe. Es muy precavido.

—Pero sabes dónde está —dije pasando los extremos de los filamentos por su cara.

—¡No! —aulló.

—¿Cómo se llega hasta el campamento del Caburé?

—Por el río y luego hay sendas en la jungla.

—¿Sendas?

—Caminos de animales, pequeñas rastrilladas de animales, senderos… —dijo mirando fijamente el cable eléctrico.

Tenía las pupilas muy dilatadas y me fijé en ellas. Eso me salvó porque descubrí un mínimo destello en sus ojos y me dejé caer de costado.

El Turco, puñal en mano, cayó sobre él y lo hundió en el pecho de Prudencio Moraes.

Saqué la navaja instantáneamente y accioné el resorte. El Turco era rápido y se alejó de mí rodando. Nos pusimos de pie como felinos que se disputan la última hembra. El puñal ensangrentado era una de esas armas de doble filo con hoja acanalada. Basta una única incisión para mandar a la víctima al otro barrio. Moraes ya lo sabía.

—Vamos, capullo —dije sonriendo—, veremos cuánto te dura la bravata.

Se lanzó hacia mí agachado, los brazos estirados y las piernas en flexión. La cuchillada pasó junto a mi hombro izquierdo. Yo cambié la navaja de mano y la hundí en el costado del tipo. Abrió los ojos y miró estupefacto algún punto que yo no podía ver. Luego cayó doblado y continuó encogiéndose en el suelo hasta que dejó de respirar. Limpié la navaja en la alfombra y la guardé.

Las bailarinas continuaban su danza a pocos metros, tras la cortina de gasa, olvidadas del reino de la realidad.

Me encaminé hasta la puerta, la abrí lentamente y eché un vistazo al corredor. No había nadie, cerré la puerta a mi espalda y avancé hacia la escalera. En el rectángulo iluminado del rellano la nube de humo y marihuana parecía la escenografía de una película de ciencia ficción.

Bajé la escalera y atravesé el local atestado. Me sentía mareado y

sucio, pero había conseguido sacar algo en blanco. A fin de cuentas el Turco me había evitado un problema. Moraes ya no podía avisar al Caburé que alguien había estado haciendo preguntas.

Pasé en medio del mismo grupo apostado en la entrada de Los Cachafaces y esta vez sonreí al negro de traje blanco y camisa con gemelos.

—No me gusta el sitio —dije con simpatía—, está lleno de mujeres de mala reputación.

Mientras me alejaba del antro pude sentir en mi espalda la mirada de los tipos.

CAPÍTULO V

MARIANO encendió la luz del jardín y se asomó a la ventana.

—Soy yo —dije—, he vuelto.

Abrió la puerta y me hizo pasar.

—No te esperaba todavía —dijo.

—Me largo mañana por la mañana. Me gustaría quedarme aquí esta noche.

—Es tu casa.

—Oye, necesito un equipo de camping. Si es posible de material importado. Jugaré el papel del indómito explorador europeo en las tierras vírgenes.

—¿Qué has averiguado?

—El Caburé está en la zona del Apoporis.

Mariano sirvió dos aguardientes y se pasó los dedos por el cabello rubio y lacio.

—Feo sitio, Cacho.

—Feo hombre, feo sitio.

—Sí.

—Mi padre te llamará por teléfono. Puedes confiar en él. ¿Todavía tienes la vieja radio?

—La tengo.

—Bien. Me comunicaré contigo cada vez que pueda y te daré noticias para el viejo.

—¿Qué más necesitas?

—Un contacto en Lérida. Necesitaré una embarcación y provisiones.

—¿Lo harás solo?

—Solo. Me llevo muy bien conmigo.

—De acuerdo, ahora vete a descansar. Fiaré los contactos esta misma noche y por la mañana tendrás un equipo completo.

—Llevaré las escopetas desarmadas y en bolsas impermeables.

—Eso está hecho.

—Creo que me vendría muy bien un fusil de precisión, con mira telescópica.

—También está hecho.

Choqué mi copa con la de Mariano, bebí el aguardiente de un trago y subí al altillo que reservaba para mí cuando todavía éramos un par de jóvenes rufianes.

—Hasta mañana, hermano.

* * *

—¿Has dormido bien?

—No sufro de pesadillas si es a eso a lo que te refieres.

Mariano sonrió y me acompañó con un par de tazas de café amargo.

Encendimos los cigarrillos y miramos el jardín cubierto por el rocío de la madrugada. El olor de la tierra y los árboles me pareció diferente. Mi cerebro lo reconocía como si hubiese decidido por sí solo desprenderse de todo cuanto fuera urbano. Iba a la selva, lejos de todo rastro de comodidad y civilización.

—Voy a hacer una llamada —dije a Mariano y me dirigí hacia el teléfono.

Llamé a mi padre y le hice un par de pedidos. Quedamos en encontrarnos a las nueve y media en una estación de gasolina en las afueras de la ciudad.

Regresé junto a Mariano y hablamos de los viejos tiempos hasta que el viejo reloj de pie dio nueve campanadas. Entonces cogí mi equipo y lo eché a mi espalda. Debía pesar sus buenos cuarenta kilos, pero llevaba en los hombros las marcas de correajes más duros y pesos más dolorosos.

Abracé a Mariano y sin una sola palabra me largué calle abajo. Cogí un taxi hasta el lugar donde habíamos quedado con mi padre y descendí del vehículo a doscientos metros de la gasolinera.

Anduve por el arcén con la mochila a cuestas como uno de los tantos mochileros que todavía se atreven a cruzar Sudamérica. Los grandes camiones de transporte pasaban zumbando a mi lado por la carretera todavía húmeda.

Mi padre me aguardaba en el sitio convenido. Había traído lo que yo necesitaba.

—¿Qué te parece? —dijo con una sonrisa forzada.

—Perfecto —repliqué mientras daba una vuelta alrededor de la Honda de 400 centímetros cúbicos de cilindrada. Era una máquina de motocross, dura y perfecta.

—En las valijas tienes algunos repuestos y un par de cámaras de recambio.

—Estupendo.

—¿Qué has averiguado?

—Lo suficiente, viejo. No quiero competencia en esta búsqueda y si tú le dices algo a Eckard podrían estropear mi plan. Llama al teléfono que te dejé dentro de cuatro o cinco días. Entonces tendrás noticias mías. Si no me comunico durante algún tiempo después de entonces no debes inquietarte. En el sitio al que voy no hay muchas posibilidades de hallar operadoras complacientes.

Mi chanza no le hizo gracia. Estaba serio y endurecido, pero sus ojos delataban una humedad que comenzaba a hacer mella en mí.

—Tranquilo, lo traeré de vuelta,

—Cualquier cosa que…

—Tranquilízate, mamá necesita un hombre seguro y de sangre fría —dije tendiéndole la mano.

—Siento que no hayamos congeniado mucho, Cacho. Yo… soy un hombre de ideas fijas.

—Me alegro por ello.

Me abrazó con fuerza y tuve que apartar mis ojos de los suyos. Amarré la mochila en el asiento posterior de la Honda, contra el respaldar de hierro, y la puse en marcha. El motor zumbó con precisión y yo monté de un salto.

—Ya hablaremos de todo a nuestro regreso, padre.

Volvió a abrazarme.

—Suerte, mucha suerte, Cacho.

Enganché la primera marcha y enfilé hacia la carretera.

Por los espejos retrovisores lo vio de pie en medio del polvo, delgado y atento contra la silueta soleada de la ciudad.

Apreté el acelerador y unos minutos después el aire me atizaba violentamente el rostro. Dos horas más tarde detuve la máquina ante la estación de ferrocarril de un pequeño poblado rural. Me informé del horario del próximo tren que llevaba la dirección que yo buscaba y compré un pasaje para mí y otro para la motocicleta.

Tuve que aguardar un par de horas y en ese tiempo estudié a fondo el mapa de la Amazonia que llevaba conmigo. Cuando llegó el tren me ocupé personalmente de asegurar la moto en el vagón de carga y me introduje en el hedor del lavabo para ajustarme una pistolera bajo la axila izquierda y depositar en ella la Walther. No sabía si era una buena idea llevar la artillería en el cuerpo, pero si tenía algún encuentro inesperado no tendría ninguna idea, ni buena ni mala.

Trepé al vagón de pasajeros y busqué un sitio adecuado. Me senté en el último asiento, junto a la ventanilla y aseguré la mochila en el portaequipajes enrejado.

Estiré las piernas y proseguí estudiando el mapa.

En el vagón todos los asientos estaban ocupados. Era un tren de carga y pasaje, como el que yo deseaba. A mi lado se sentó una matrona que comenzó a comer naranjas, una tras otra. El resto de los pasajeros eran campesinos en busca de su lugar de origen, mercachifles con sus baratijas y un par de norteamericanos de aspecto atlético y melenas sucias que parecían llevar meses viajando bajo sus mochilas amarillas. No los miré, no deseaba entablar ninguna amistad. Mi tiempo era mínimo y se acababa con rapidez.

Subí la cremallera de mi cazadora de cuero para que no se viese la pistola y cerré los ojos. El traqueteo del tren me produjo un ensimismamiento que muy pronto se convirtió en sueño.

Cuando desperté comenzaba a anochecer. Mi reloj me dijo que eran ya las siete de la tarde. Había dormido como un lirón. La mujer que comía naranjas había desaparecido y los dos mochileros dormían a pata suelta.

Me ardía el estómago de hambre y sed y me encaminé al lavabo, entre los dos vagones. Me lavé la cara y miré por el ventanuco hacia el paisaje llano y moribundo. Todavía faltaba un buen trecho. A lo lejos divisé las luces de un poblado y salí del lavabo para situarme cerca de la puerta de salida.

El tren se detuvo en una estación desierta. De la nada aparecieron dos chiquillos portando canastos y vocearon sus productos. Compré un par de panecillos, una docena de naranjas, una botella de aguardiente y una buena porción de carne picada con especias que me entregaron sobre dos tortas de maíz.

Me instalé en mi asiento con la cena y devoré todo con muy buen apetito. Las naranjas calmaron mi sed y de postre me regalé un par de cigarrillos y unos tragos de alcohol.

El tren todavía no había terminado de reabastecerse cuando algo llamó mi atención.

Junto a la estación acababa de aparcar un jeep en muy mal estado, cargado de provisiones. Pero no fue el jeep lo que llamó mi atención, sino los dos mestizos que fumaban a su lado. Eran los mismos con los que me había cruzado en la puerta de Los Cachafaces.

Yo no creo en las casualidades.

Dudé un instante porque tal vez lo mejor que podía hacer era seguir a los tipos con mi Honda, pero luego pensé que si iban a encontrarse con el Caburé llevarían mi mismo camino, por lo menos hasta llegar a Lérida. Sin embargo, no estaba muy seguro. ¿Qué ocurriría si cogían otro camino? ¿O si el Caburé había decidido cambiar el emplazamiento de su campamento? ¿O si…?

Eran demasiadas preguntas sin respuesta y esa situación no suele llevar a ninguna parte. Decidí continuar en el tren y tratar de localizarlos en Lérida. Algo era seguro, no podían llegar antes que yo porque los caminos comarcales que se dirigen al sureste no son pistas de automovilismo, nada de eso. Suelen ser carreteras de asfalto estropeado y trozos de tierra, o lodo, según la época, lo que retrasa mucho al automovilista. El tren, en cambio, aun cuando se detenga en varios puntos, tiene el camino de raíles siempre expedito.

Miré el cielo que se oscurecía rápidamente y supe que iba a llover.

Era una ventaja y una desventaja. Pero yo nada podía hacer contra la madre natura.

Encendí otro cigarrillo y vigilé a los mestizos hasta que el tren se puso en marcha.

La carretera corría paralela a las vías del ferrocarril y durante varios kilómetros el jeep flanqueó mi vagón. Luego comenzó a rezagarse hasta que sus faros amarillos se perdieron de vista.

El vagón que hasta entonces había estado sumido en el silencio, despertó de pronto y la veintena de pasajeros que quedaban, incluyendo a los dos mochileros, se dispusieron a engullir sus provisiones.

Volví a dormirme y cuando desperté eran ya las cuatro de la madrugada.

Llovía copiosamente y el tren había aminorado la marcha. Se detuvo en una estación batida por la tormenta y a través de los cristales mojados pude ver que subían y bajaban muchas personas. Debía ser una parada límite, más allá de la cual nadie tenía demasiados intereses comprometidos. Los mochileros, con aspecto de vagabundos a los que

un policía meticuloso obligaba a abandonar el más cálido de los portales, también bajaron del vagón. Los vi desaparecer más allá de las lamparillas de la estación y pensé que no era un tiempo acogedor para ellos.

El tren volvió a ponerse en marcha. Sólo quedaban en mi vagón una escasa docena de pasajeros que aprovechaban el espacio para acomodarse cuan largos eran en los asientos dobles. Las luces del vagón decrecieron de intensidad hasta convertirse en un par de bombillas sucias y empobrecidas, una a cada extremo del pasillo.

Y entonces sucedió. Fue un acto instintivo. Me volví y vi a la muchacha. Estaba mojada hasta los huesos y llevaba en sus manos una mochila muy pesada. La cabellera oscura se pegaba a su rostro y los ojos claros brillaban en la penumbra. Vestía con un pantalón ceñido y botas recias. El resto del cuerpo estaba cubierto con una capa de lluvia que, no obstante, revelaba la generosa voluptuosidad de los pechos.

Alcé mi rostro para mirarla más atentamente y ella me devolvió la mirada. Era realmente preciosa. Una nariz firme y pequeña remataba en dos labios carnosos y húmedos de lluvia. Respiraba aguadamente y los pómulos enrojecidos, altos y prepotentes le conferían la apariencia de una de esas ilustraciones en las que el dibujante consigue revelar el carácter de la mujer aventurera con un trazo vivo y colorido.

—Vas a coger un resfriado —dije, poniéndome de pie.

Había hablado un español.

—Estoy bien, gracias —replicó ella en portugués. No era brasilera, sino portuguesa. Por lo menos su acento no correspondía al de los brasileros.

—¿Puedes aceptar una sugerencia? —dije en mi correcto portugués.

Se sorprendió y sonrió.

—Desde luego. ¿Qué sugerencia?

—Cámbiate, ponte ropas secas y serás feliz con tus nietos.

La chica miró a su alrededor y comprendí qué era lo que buscaba.

—No te recomiendo el lavabo. Morirías asfixiada al cabo de sesenta segundos. En cambio, puedo sostenerte la capa mientras te mudas de ropa. No soy un mirón, pequeña, me gustan las mujeres a la antigua usanza, para tocarlas cuando ellas están de acuerdo. Sonrió otra vez y yo agradecí a mi ángel de la guarda por permitirme aquella visión.

Se quitó la capa y me la entregó. Yo la sostuve, de espaldas al resto del vagón, por encima del nivel de mis ojos, y ella comenzó a cambiarse.

Al cabo de un par de minutos cogió la capa de mis manos y me miró radiante.

—¿Contento, mi amor? —bromeó.

—Todavía no, ahora falta la medicina.

Abrí la botella de aguardiente y se la ofrecí.

Bebió un largo sorbo con los párpados entornados y lanzó una exclamación de placer. Volvió a beber largamente y yo la miré asombrado. El alcohol superaba los cincuenta grados.

—¿Mejor? —pregunté.

—Mucho mejor, gracias.

Me senté en mi asiento y dejé la botella en el suelo. Extra je dos cigarrillos y ofrecí uno a la muchacha.

Ella lo aceptó y ofreció fuego con su propio mechero.

—Mi nombre es Francisca —dijo con todos los dientes.

—Me llaman Cacho.

Tomé entre las mías la mano que me tendía y sentí su vigor y su tibieza.

Entonces el tren cogió una curva y la inercia la envió contra mi pecho. Se apartó lentamente y me miró con estupor.

Había comprobado que iba armado.

—Creo que buscaré un asiento vacío y dormiré un poco, amigo.

No tendría que haberla retenido, pero tampoco quería que se alejara de mí.

—Estoy armado —dije—, pero no tienes nada que temer. No soy un forajido.

—Voy a unirme con un grupo de arqueólogos en las proximidades de Berlín. Soy antropóloga.

—Ya.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Qué haces? ¿A qué te dedicas?

—Oh, estoy llevando a cabo un extraño safari.

CAPÍTULO VI

FRANCISCA se sentó a mi lado y poco después dormía como un bebé apoyada en mi hombro. Me Invadió una ternura que hacía tiempo no sentía, por los menos de aquel modo, ligeramente alejada de la más fervorosa sexualidad.

Yo no pude volver a dormirme. A las seis de la mañana un grupo de hacheros trepó al vagón y se acomodaron en los primeros asientos. Continuaba lloviendo y el cielo se aclaraba lánguidamente sobre una bruma densa y blanca.

La desperté a las ocho y media.

—Vamos, pequeña, o perderás a tus arqueólogos.

Abrió los ojos y se sorprendió. Apartó el rostro de mi hombro y sonrió.

—¿Qué hora es?

—Hora de que desentumezca mi brazo.

—Lo siento —dijo Francisca—, estaba exhausta.

—¿De verdad?

Y los dos nos sonreímos.

El tren describió una amplia curva y comenzó a aminorar la velocidad.

—¿Adónde vas tú? —preguntó poniéndose de pie y estirando su cuerpo de pantera adormecida.

Lo pensé en un segundo. Podía descender con ella y llevarla hasta Berlín a unos cincuenta kilómetros de la estación y luego proseguir mi viaje hasta Lérida. Allí contactaría con uno de los múltiples amigos de Mariano que me proporcionaría la barca y lo que necesitara.

—Te llevaré hasta tu destino.

—¿Cómo lo harás? —preguntó con un mohín cómico.

Los hacheros la observaron con admiración y respeto. Ella les sonrió.

—Ven, he de buscar mi cabalgadura.

Descendimos del tren y arrastramos las mochilas hasta el vagón de carga. Uno de los maquinistas me ayudó con la Honda y me miró con ojos legañosos.

—No es buena época para motocicletas —dijo con seriedad.

—Lo sé, gracias.

—¡Es fantástica! —exclamó la muchacha.

—Ponte tu capa de espadachín impermeable y larguémonos de aquí.

Se sentó a mi espalda y cruzó los brazos alrededor de mi cuerpo. Podría haberla llevado volando a la Luna, como diría Sinatra.

—¿Vas a Berlín?

—Sólo a entregar la mercadería —dije y lancé mi cabalgadura a todo gas por la carretera.

El camino era sinuoso y la lluvia no contribuía en nada a hacerlo más transitable. Llegamos a Berlín y nos regalamos un apetitoso desayuno.

—Iré a preguntar por mi grupo —dijo ella mientras yo acomodaba la mochila en la motocicleta.

—¿Podré encontrarte en algún sitio cuando acabe tu aventura?

Me miró de un modo especial.

—¿Por qué no vienes conmigo?

—Tengo algo que hacer —dije—, pero me gustaría volver a encontrarte, siempre que no haya un marido amante o un novio con esperanzas.

—No los hay.

Me besó en la mejilla, miró profundamente dentro de mi cerebro a través de mis ojos encendidos y se marchó.

Me obligué a no mirarla y continué atando mis petates en la Honda. Cuando estuve dispuesto regresé al bar donde habíamos desayunado y entré en el lavabo para cambiar mi indumentaria y disponer una de las escopetas de repetición para un uso sorpresivo. Envolví el arma en una manta y regresé adonde había dejado la motocicleta.

Dos policías miraban la máquina y a lo lejos, junto a uno de los surtidores de la única y rotosa gasolinera, alcancé a divisar el jeep de los mestizos.

Viajaban con rapidez.

Uno de los policías ostentaba el grado de sargento y se volvió hacia mí. Era obeso, desagradable, con una barba de varios días en su rostro gordo y redondo. La chaqueta del uniforme le quedaba corta y la tripa sobresalía por encima del cinturón como una marea de grasa.

Tenía una mano sobre la cartuchera y me miraba con altivez.

Conozco la especie de modo que comencé a perder pulgas.

—¿Algún problema? —pregunté.

—Documentos —dijo estirando la mano.

—En su oficina, sargento.

—¡Ahora! —gritó de mala manera y escupió en el suelo junto a mis botas.

El número que lo secundaba parecía muy ansioso por empezar con los garrotazos y hacía oscilar entre sus manos un bastón de hierro recubierto de cuero trenzado.

No había nadie en las inmediaciones.

Miré al otro lado de la calle y divisé la comisaría. Ignorándolos, sin abandonar la escopeta envuelta en la manta, me dirigí hacia allí.

—Eh, usted… —vociferó el policía, pero yo ya había cruzado la calle y entraba en la sucia oficina de la autoridad policial.

—¿Qué demonios se ha creído? —graznó el sargento.

Llevaba un enorme revólver en la diestra y su acólito parecía a punto de devorarme.

—Tranquilos, tengo una credencial que me gustaría que vieran.

—¡Qué credencial ni mierda! —dijo el sargento y dio un paso hacia mí.

Sonreí, sólo para distraerlo, y le aticé un golpe con la culata de mi escopeta en su dura cabezota. El garrotazo del policía me dio en el hombro y tuve que soltar mi instrumento. El segundo garrotazo me rozó la cabeza y sentí la sangre trepando por mi cráneo como una jauría de caníbales.

Desde el suelo barrí sus piernas y lo hice caer. Dio con el codo en el piso y lanzó un juramento. No tuvo tiempo para un segundo taco, el canto de mi mano derecha lo alcanzó en el cuello y se durmió con un rugido. Los desarmé y los encerré en la jaula que utilizaban por celda.

Fui en busca de una palangana, la llené de agua y la arrojé sobre el rostro del sargento. Abrí la celda, lo cogí del cuello del uniforme y lo senté de un empujón en su silla de mariscal de tierra adentro.

—Vea esto y calle su sucia boca —le espeté.

El tipo leyó mi credencial y su rostro se transfiguró.

—Lo siento, yo… vienen tantos forasteros por aquí y ya se sabe, con tanta delincuencia…

—Olvídese de quien soy yo y yo me olvidaré de que es usted un redomado imbécil. ¿De acuerdo?

Asintió con la cabeza. Yo recuperaré mi escopeta y salí a la calle.

Francisca estaba sentada en la moto fumando pensativamente.

—¿Dónde están tus amigos? —pregunté.

—Se fueron.

—No puedo creer que te hayan abandonado, a ti, la reina de la antropología sexual.

—Se fueron hace un par de días.

—¿Adonde?

—A Lérida.

El sol trepaba por el arco que lo llevaría al cénit.

El jeep de los mestizos había desaparecido. Como dije, no creo en casualidades. Estaba seguro de que me habían visto y atado cabos. Sabían que Moraes estaba muerto y que yo había estado en Los Cachafaces. Tal vez no acertaran a dar con mi verdadera personalidad, pero jamás he menospreciado a mis enemigos.

Eran dos hombres del Caburé, estaba seguro.

—Sube, te llevaré —dije.

—¿Vas a Lérida?

—Sí, pero aunque no llevara ese rumbo igual te llevaría. Sólo por sentir el roce de tus manos en mi pecho.

Bajó de la moto para dejarme subir.

Yo monté en la Honda y puse en marcha el motor. Ella se situó a mi lado; antes de subir tras de mí, cogió mi rostro entre sus manos, se inclinó y me besó en los labios.

—¿Deuda saldada? —rio.

—Volveremos a hablar de ello —repliqué sintiendo que la jauría de caníbales alcanzaba otros derroteros por los canales de mi cuerpo.

Se situó en su lugar, rae exigió con una suavidad que continuó enloqueciéndome y emprendimos la marcha.

Confieso que tenía la cabeza hecha un lío. Pensé en Aldo y en el Caburé, en mis padres, en Mariano, en Eckard y en mí mismo. Luego sólo me dediqué a pensar en la muchacha que llevaba adherida a mi espalda como una musa inspiradora. Algo estaba cambiando en mi sutil

cerebro de loco en pie de guerra.

Tres horas más tarde la lluvia se hizo más intensa y tuvimos que detenemos. El camino se había convertido en un lodazal y el campo era un estero solitario.

El sol desapareció tras nuevos nubarrones cargados y el día se oscureció como si ya hubiese llegado al crepúsculo.

Yo conocí suficientemente la tipología de aquellas borrascas y busqué un sitio plano y elevado, a unos cincuenta metros del camino.

—Será mejor armar una tienda, Francisca.

Me miró de un modo extraño.

—Vamos, te ayudaré —dijo.

En diez minutos alzamos una tienda fuerte y amplia, con doble techo y doble piso impermeable.

—Puedes acomodar las cosas dentro. Entretanto, yo cavaré la zanjilla.

Francisca desapareció dentro de la estructura de lona y yo me dediqué a cavar una zanja y un desagüe alrededor de la tienda para que el agua no nos alcanzara. Cubrí la motocicleta con una funda plástica, la sujeté a un árbol y me dispuse a entrar.

El tufillo del café fue suficiente para comprender que la muchacha no había perdido el tiempo. Entré con cuidado, quitándome las botas y la cazadora.

—Desvístete antes de que cojas un resfriado —dijo Francisca de buen humor, sin mirarme.

Obedecí con una sonrisa a flor de labios. Ella jugaba mi juego.

Me volví a vestir, solamente con un bañador y una camiseta y dejé las ropas húmedas junto al pequeño quemador de gas.

Me entregó una taza de café humeante que sabía también a aguardiente. Nos mirábamos fijamente, sentados frente a frente en la posición del loto, como dos budas de carne y hueso, demasiado conscientes de nuestros cuerpos como para fundar alguna religión multitudinaria.

La Walther, en su funda, descansaba a mi lado.

Francisca cambió el quemador por un farolillo de gas.

—La vida tiene estas situaciones —comentó ella sorbiendo su infusión.

—Bien, piensa que estamos construyendo una rica biografía,

Los truenos retumbaban sobre la planicie para ir a estrellarse en la

selva lejana.

Sentía ganas de cogerla entre mis brazos y apretarla contra mí. Llevaba el tejano ceñido, la blusa ajustada a sus senos jóvenes y los pies calzados. En ese momento caí en la cuenta de que hacía más de dos meses que no tenía ninguna mujer y sonreí estúpidamente.

—¿En qué piensas?

—En ti —dije—. Eres una mujer difícil.

—¿Difícil?

Asentí con la cabeza mientras terminaba mi café.

—Eso he dicho, difícil de resistir.

Vi cómo se ponía tensa y el brillo de su mirada se alteraba. Tenía más sensualidad en aquel brillo ardiente y claro que todas mis fantasías adolescentes.

Estiré el brazo y acaricié su mejilla. Ella apoyó el rostro en la palma de mi mano sin dejar de mirarme y tras unos segundos me besó los dedos.

La atraje hacia mí y encontré sus labios con mi boca. Ella cedió como un junco virgen inclinado en la dirección del viento. Apagué la luz de gas y me reencontré navegando en solitario por su cuerpo, acoplándome a sus vaivenes y recibiendo la fuerza de su calor.

La tienda se sacudía al son del viento y la lluvia repiqueteaba con grandes gotas enfurecidas.

Estábamos desnudos y durante mucho tiempo dejé que mi cerebro sólo se ocupara de las sensaciones y el placer, olvidado de mi extraño safari emprendido.

* * *

—No me gustaría perderte —dije finalmente, sin dejar de acariciar su cabello.

—No podrás perderme —replicó.

Y fue entonces cuando escuché algo que me distrajo de su tibieza. Ella recibió mi alarma en todo el cuerpo y abrió la boca para decir algo. Le cubrí el rostro con una mano.

—Silencio, hay alguien ahí afuera.

Cogí la Walthery me dispuse a salir.

—Quiero que te quedes muy quieta y te alejes del centro de la tienda. ¿Me has comprendido?

Asintió en silencio. La dejé y busqué la cremallera del pequeño ventanuco. Abrí la cremallera y me encontré mirando el sobretecho a

través de la tela enrejada contra los insectos. Busqué mi navaja y desgarré la tela enrejada. Luego, sigilosamente, pasé por el ventanuco y me dejé caer entre la pared de la tienda y el alero del sobretecho. Atisbé entre correajes y no pude ver nada. Aguardé un par de minutos y el ruido que había escuchado antes se repitió.

Podía ser un animal grande deslizándose sobre el lodo y las ramas húmedas, podía ser un cerdo salvaje o un gato montés o incluso una gran lechuza enferma por el vendaval.

Pero yo sabía perfectamente que se trataba de un hombre.

Me arrastré fuera de mi escondite y la lluvia enfrió mi cuerpo desnudo. Continué avanzando con la pistola en mi mano derecha y la navaja en la izquierda.

Divisé la Honda contra el fulgor amarronado de un relámpago y fui hasta ella.

Y la voz me llegó nítida, a mi izquierda, como a media docena de metros.

—Se la está pasando bien el perro —dijo alguien en un castellano basto.

—Vamos a reventarlo ahora, se llevará un buen recuerdo y nos quedaremos con la moza.

Ya sabía quiénes eran y pude imaginar al sargento refiriéndoles quién era yo… o quién suponía que era yo. El Caburé tenía muchos empleados. Podía pagarles con dinero, con droga, con mujeres o con un plomo. Ellos decidían lo que más les apeteciera.

Apoyándome en los codos me deslicé hacia el sitio de donde provenían las voces. Los tipejos estaban muy seguros de sí mismos, no conocían mi vida y mi vida había estado sujeta a un alerta continuo desde hacía demasiado tiempo.

Tenía algo a mi favor. Si deseaban a la muchacha no dispararían a quemarropa sobre la tienda. Tendrían que avanzar hasta ella y para ello deberían cruzar por delante de mí.

Ya estaba muy cerca del matorral que los ocultaba cuando divisé la luz de una linterna cubierta por la palma de una mano. Alcé la Walther y disparé un poco más arriba de la luz y ligeramente hacia la derecha. El estampido rodó por el llano como un tambor vacío y yo salté hacia el matorral y caí sobre un cuerpo. No podía ver nada, pero comprendí que el cuerpo estaba inmóvil. Rodé sobre mí mismo y escuché durante un par de minutos. Sólo oía el sonido de la lluvia y el viento azotando el follaje.

Sentí un zumbido y un dolor terrible en el muslo. Yo estaba acuclillado y el golpe rozó mi cuerpo y se estrelló contra mi pierna. Salté hacia un costado y disparé. Fallé el disparo, pero pude ver la sombra que se arrojaba sobre mí.

El segundo golpe me dio en el hombro derecho y la Walther voló de mi mano.

Encogí ambas piernas y lancé una doble patada a la oscuridad. Mis pies encontraron algo blando y ese algo blando lanzó un juramento apagado y cayó hacia atrás. Tenía el brazo derecho entumecido por el golpe y mi pierna izquierda me dolía como si me la hubieran hachado. Pero me puse de pie y avancé hacia mi enemigo con la navaja en la mano izquierda.

El tipo se lanzó sobre mí con la cabeza agachada y me embistió como un toro. Resistí el impacto con mi estómago endurecido, pero caí hacia atrás con el mestizo encima mío.

Cogió mi brazo armado y lo retorció. La otra mano buscó mi cuello. Estaba desarmado. Mi patada le había hecho perder el garrote que llevaba.

Un nuevo relámpago me permitió ver su rostro mojado a pocos centímetros del mío y el aliento fétido de su respiración agitada hirió mi nariz. Bajé la barbilla para impedir el estrangulamiento, pero comencé a experimentar los primeros síntomas de la asfixia y procuré mantener la calma. Tenía que sacármelo de encima, pero era un tipo duro y pesado. Se había sentado sobre mis muslos impidiéndome utilizar la pierna sana y sostenía mi único brazo disponible y armado, el izquierdo, con su poderosa garra derecha.

Hice lo único que recordaba para aquellas ocasiones. Le ofrecí mi cuello relajando la presión de mi barbilla y durante un segundo el tipo aflojó el estrangulamiento para cogerme mejor de la garganta. Entonces levanté mi torso con toda la rapidez que me fue posible y le hice perder el equilibrio.

Mientras se caía a un costado lanzó un golpe feroz con la mano que había tratado de ahogarme y recibí el impacto en la sien. Me hundí en una nube oscura y densa. Dejé de escuchar el sonido de la lluvia y pensé en la muchacha.

Parpadeé y me encontré rodando por el lodo, huyendo del ataque del mestizo. Mi cuerpo reaccionaba defensivamente a pesar del cerebro obnubilado.

El relámpago volvió a iluminar la escena.

Lo vi en el aire, saltando sobre mí. Había perdido la navaja y sólo atiné a levantar las rodillas. Su rostro golpeó contra ellas y lanzó un gemido. Me incorporé a duras penas y lancé mi puño izquierdo en un golpe de abanico. Mi mano encontró su cabello y tiré de él con todas mis fuerzas al mismo tiempo que levantaba la rodilla derecha. Volví a golpearlo una y otra vez. Sentía el pecho ardiendo y entonces una luz blanquísima se proyectó sobre nosotros y vi a Francisca, desnuda, con el quemador en la mano izquierda y la escopeta en la derecha.

Vi cómo levantaba la escopeta y la descargaba con violencia sobre mi agresor.

El tipo cayó desmadejado a mi lado y yo me puse de pie. Todo me daba vueltas y Francisca tenía dos hermanas gene- las, una a cada lado y ninguna de las tres sonreía.

—Estás herido —dijo.

Miré mi propio cuerpo a la luz de su farol y me vi cubierto de sangre y de barro.

—No es nada —dije y perdí el conocimiento.

CAPÍTULO VII

DESPERTÉ alarmado. Había amanecido y alguien sostenía mi cabeza.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor.

Traté de incorporarme y lo conseguí. Los dolores habían desaparecido. Sentía un cierto adormecimiento en mi brazo derecho, pero se esfumaría en cuanto hiciera algunos ejercicios.

—¿Dónde esté el mestizo?

—Ven —dijo Francisca.

Me había vestido y aseado. Me calcé las botas y la seguí fuera de la tienda. Vi el jeep aparcado muy cerca y al mestizo amarrado al parachoques.

—¿El otro?

—Muerto —dijo la joven—, tiene un disparo en el rostro.

Inspeccioné la carga del jeep y hallé una serie de instrumentos técnicos que desconocía.

—¿Qué es todo esto? —pregunté al mestizo.

Tenía la cabeza vendada y comprendí que Francisca se había apiadado de él.

—A la mierda contigo —replicó.

—Voy a decirte un par de cosas, perro. El Caburé tiene a mi hermano. Tú no me importas nada y voy a hacerte picadillo hasta que me digas dónde puedo encontrarlo. ¿Dónde está el Caburé?

Mi expresión debía ser terrible porque yo sentía que mi furor era terrible.

—Cacho… —dijo Francisca.

—Tú, callada —ordené brutalmente, ignorándola.

—Pero…

—Te lo preguntaré una sola vez y luego te pincharé un ojo, tú decides.

Me acuclillé delante de él y con los dedos estirados y la mano tensa le di un golpe de karate en el pecho. Expulsó todo el aire y se puso violeta.

—Puedo hundirte un ojo con sólo proponérmelo, no necesito armas. ¿Lo has entendido?

Sí, lo había entendido.

—Tenemos que llevar la mercancía hasta Lérida, ir hasta el Apoporis y buscar una barca.

—¿Qué barca?

—Cualquiera.

—¿Y luego?

—Descenderíamos por el río, junto a la orilla derecha durante un par de días. El Caburé nos hallaría.

Comencé a apretar los dedos de mi mano derecha y el tipo se puso lívido.

—¡Cacho, no! —gritó la joven.

—¡Es la verdad! ¡Sólo somos contactos, no trabajamos para el Caburé, sólo somos contactos!

—¿Por qué nos atacasteis?

El tipejo dudó, pero comprendió enseguida que no le convenía proteger a nadie más que a él mismo.

—El policía de Berlín —dijo—. Nos explicó que tú eras del gobierno, un pez gordo. Dijo que el Caburé nos pagaría bien si le evitábamos problemas.

—¿Cómo supo quién era yo?

—Dijo que el Caburé tiene a tu hermano.

Miré a Francisca y le guiñé un ojo. Me miró atónita, pero no dijo nada.

—Vete, muchacha, éste no será un espectáculo agradable.

—¡No! —gritó el mestizo revolviéndose en sus ligaduras.

Sentí un olor espantoso y comprendí que su fisiología actuaba por cuenta propia.

El mestizo no pareció percatarse de su suciedad y continuó aullando:

—¡No te he mentido, he dicho la verdad!

Decidí que decía la verdad.

Cogí a Francisca por un brazo y la llevé hasta la tienda.

—Ayúdame a hacer las mochilas. Las cosas marchan bien. No te preocupes.

—¿Lo hubieras hecho? —preguntó gravemente—. ¿Le hubieras reventado un ojo?

—¿Tú qué crees?

—No lo sé —dijo. Se dio la vuelta y con movimientos rápidos y precisos comenzó a desarmar la tienda.

Cuando hubimos acomodado todo en las mochilas, las cargamos en el jeep. El mestizo iba detrás, junto a la compuerta de descarga. Amarrado.

—¿Crees que podrás conducir hasta Lérida?

—Desde luego que puedo —dijo Francisca.

—Entonces, sígueme, ya hablaremos cuando lleguemos allí.

Montó en la cabina del vehículo y los puso en marcha. Llegó a tumbos hasta el camino convertido en lodazal y se detuvo.

Enterré al mestizo muerto y cubrí su tumba con piedras. Luego monté en la Honda y alcancé a la muchacha.

—¿Lista?

No respondió, pero enganchó la primera marcha.

Llegamos a Lérida tres horas más tarde. Las nubes habían desaparecido y un sol de hierro fundido nos invitaba a morir achicharrados. La motocicleta derrapaba en las curvas enlodadas y el jeep, a mi espalda, marchaba a buena velocidad, unos sesenta a la hora, porque en el barro, ya se sabe, es mejor emplear marchas largas, sin forzar el motor.

La dirección del contacto que me había proporcionado Mariano correspondía a una finca muy pobre, cinco kilómetros más allá de Lérida. La hallamos sin tropiezos, guiados por las recomendaciones de mi amigo.

Valdez vivía solo, tenía sesenta años y un cuerpo capaz de derrumbar a un padrillo de un solo golpe. Era mestizo y su sonrisa se abría de oreja a oreja.

Lo tenía todo dispuesto: la barca, las provisiones y el discreto sitio de embarque. El Apoporis se encuentra a alguna distancia de Lérida por lo que me dio instrucciones para llegar hasta él.

—¿Puede hacerse cargo del niño bonito? —pregunté señalando al mestizo amarrado.

—Puedo.

—Bien, ahora tenemos que subir la Honda al Jeep.

Francisca, que había permanecido en silencio hasta entonces, se puso de pie.

—No es necesario —dijo—, voy contigo.

—Te quedarás con tus amigos.

—He dicho que voy contigo. Me quedaré en la barca mientras rescatas a tu hermano. Necesitas a alguien que lo tenga todo dispuesto, no sabes con cuanto tiempo contarás y el único modo de huir de allí no es precisamente por la selva.

—Puedo hacerlo.

—Tal vez —dijo con fiereza—, pero tendrás mejores cartas si me llevas contigo.

La miré. Valdez observaba un insecto que trepaba indolentemente por la cortinilla de cintas plásticas de colores.

—¿Por qué?

—Porque necesitas ayuda —dijo con serenidad.

—¿Por qué? —repetí.

—Tú sabes la respuesta y yo soy una aventurera.

—¿Qué ocurrirá con tus arqueólogos?

—Prefiero tu compañía. ¿Acaso también necesitas saber por qué?

Me fulminó con su mirada ardiente.

—Está bien —dije—, vámonos.

Valdez lanzó una risotada y nos acompañó hasta el jeep.

Francisca se acomodó detrás del volante y yo monté en la motocicleta.

Valdez puso sobre mi hombro una mano grande como la pata de un cocodrilo y dijo:

—Es una buena compañera.

—Sí, lo sé.

—Cuando llegues a la barca busca en el armarlo de proa, Mariano me dijo que te dejara allí un excelente regalo.

—Gracias, Valdez.

—Mucha suerte.

Hizo una reverencia a la muchacha y se volvió a la casa.

—En marcha —dije.

* * *

La barca era de esas embarcaciones típicas para navegar en los ríos.

No era muy ancha y estaba construida de madera. Tenía un motor Incorporado que funcionaba con gasoil y una cabina con dos literas en un espacio de seis metros cuadrados. La alacena estaba llena de alimentos envasados y la previsión de agua era suficiente.

Estibamos a popa la mercadería que esperaba el Caburé y luego me dirigí hacia el armario de proa.

Mariano era un tipo inteligente. Allí, perfectamente conservadas, hallé dos docenas de viejas granadas de mano alemanas. Esos utensilios de largo mango y espoleta posterior.

Llevé unas cuantas a la cabina y las dejé a mano.

—No quiero que los hombres del Caburé te vean —dije a Francisca mientras ponía el motor en marcha—. Puedes proporcionarle algunas ideas peligrosas.

—¿Y qué me dices de tus ideas, hombre duro?

Le di la vuelta para mirarla. Estaba ajustando los correajes que impedían que la motocicleta se deslizara sobre la pequeña cubierta.

—Tendremos tiempo de hablar de mis ideas —respondí.

—Dos días —dijo ella— faltan dos días para nuestra cita, creo que entretanto tomaré el sol.

No dije nada, no había nada que decir, sólo mucho que mirar.

Con su minúsculo bikini colorido parecía una modelo publicitaria contratada por la Walter-Thompson para lucir en los escaparates de la Quinta Avenida de Nueva York.

Se estiró como una lagarta feliz y cerró los párpados.

Busqué el canal del río y me dirigí hacia abajo. Entonces pensé en Aldo. Fue una imagen viva y dolorosa la de mi hermano prisionero del carnicero colombiano, una imagen que me hizo apretar los dientes. Ya faltaba poco. Aparté aquella idea como si le diera un manotazo y me ocupé de la navegación.

De vez en cuando el río traía canoas cargadas de pescadores que nos saludaban al pasar. En las orillas casi no había gentes y al promediar la tarde ya hacía bastante tiempo que no veía a ningún ser humano en las inmediaciones. La jungla comenzó a espesarse en las márgenes y el calor alcanzó su récord.

Me volví a mirar a la muchacha. Dormía plácidamente, estirada, dándome la espalda y recorrí sus piernas separadas y perfectas, sus nalgas redondas y duras, su mínima cintura y la espalda desnuda. Se había quitado el sostén y los hombros dorados se movían Imperceptiblemente con su respiración.

No podía creer que sólo nos conocíamos desde hacía unas cuantas horas. No podía creer que la amara de aquel modo.

Abrió los ojos y me sonrió. Apartó un mechón de sus cabellos y se puso en pie.

—Comeremos pescado fresco —amenazó— ya lo verás.

Y así fue, comimos pescado fresco asado, bebimos aguardiente y luego anclé la barca en un recodo del río y le expliqué cuáles eran aquellas ideas que ella me provocaba.

Fuimos felices hasta que el amanecer nos halló dormidos y abrazados.

Comenzaba la última etapa.

Dispuse las armas en sitios estratégicos y oculté la moto bajo una lona grasienta.

El día transcurrió lánguidamente. No nos cruzamos con ninguna embarcación.

Por fin, hacia las siete de la tarde, descubrí una Isla en forma de media luna y sentí un estremecimiento. Mis Instintos jamás me engañan. A pesar del calor me coloqué la cazadora para cubrir el correaje y la pistolera.

—Francisca, ocúltate en la cabina.

—¿Ya están allí?

—Aparecerán en cualquier momento —dije absolutamente convencido.

Me felicité por haberla hecho bajar. Cuando flanqueé la isla descubrí a dos tipos ocultos y alerta. Dejé atrás la isla y me enfrenté a un ángulo recto en la corriente del río. Supuse que aguardarían tras el recodo.

No me equivoqué. Eran dos lanchas pequeñas, de madera y con motor fuera borda. Cuatro bandoleros tripulaban una de ellas y otros seis les seguían a pocos metros. Abordaron mi embarcación desde babor y estribor. A la vez. Eran diez tipos sucios, vestidos con harapos, armados hasta los dientes con viejos fusiles, revólveres de todas las épocas y grandes machetes afilados. El que parecía el jefe se acercó a mí:

—No te conozco —dijo y me mostró una dentadura diezmada por las caries.

—Yo tampoco a ti, pero traigo la merca (1).

(1) Merca: mercadería.

Sonrió, o, al menos, eso me pareció.

—¿Te han pagado? —preguntó.

—Todo se ha hecho como de costumbre —repliqué serenamente, confiando en no equivocarme.

Volvió a hacer su mueca graciosa y dio orden de descargarlo todo.

—Rápido —urgió a la jauría—, o se nos hará de noche antes de llegar al campamento. Calculé que sólo restarían tres horas cortas de sol y reprimí una expresión satisfecha. Aldo estaba a muy poca distancia y en unas horas el campamento sería un infierno. Cuando terminaron de cargar el jefe se volvió hacia mí.

—El Caburé tiene grandes planes, continuaremos con el negocio. Has sido puntual. —Trasmítele mis saludos, me gusta su dinero.

El tipo volvió a sonreír. Aquel idioma, el del dinero, lo comprendía perfectamente.

Cuando comenzaban a alejarse les grité:

—Pasaré la noche aquí mismo, no me gusta navegar en la oscuridad.

No me replicó.

Lo seguí hasta el final del recodo y detuve los motores.

—Francisca —llamé— sube.

Estaba pálida.

—Quiero que bajes la motocicleta por la rampa y la dejes allí, junto al bananero. Luego anclarás a cinco o seis metros de la orilla y aguardarás mi regreso. Yo tengo que largarme o los perderé.

No dijo nada, se limitó a asentir.

—Tienes allí el fusil con mira telescópica y unas cuantas granadas. Sólo por las dudas. —Estaré bien —dijo.

La besé en los labios, cogí mi petate en el que había enfundado las dos escopetas y una decena de granadas y me acerqué a la borda. Envolví la pistola en una bolsa de plástico y me lancé al agua.

Me dejé llevar por la corriente procurando mantenerme alejado de la orilla. Al cabo de una media hora descubrí las dos lanchas.

Me acerqué nadando con sigilo. Ya habían descargado y un tipo fumaba tranquilamente sentado sobre el tronco talado de un gran árbol.

Continué nadando una veintena de metros y salí del agua. Avancé hasta el desembarcadero por entre la espesura y aparecí a la espalda del centinela. No podía correr riesgos de modo que salté hacia él y lo cogí del cuello. Mi navaja se ocupó del resto.

No escuché ningún sonido por lo que sin demasiadas prevenciones agujereé el fondo de las dos lanchas que comenzaron a hacer agua.

Oculté luego al bandolero muerto en la espesura y comencé a seguir a la cuadrilla de asesinos por el picadero que habían utilizado.

El campamento consistía en una docena de chozas de adobe y paja diseminadas en un claro húmedo y pestilente. Calculé que la frontera brasileña no podía hallarse a más de treinta o cuarenta kilómetros. Era un buen sitio. Los árboles prácticamente se cerraban en lo alto y sus copas hacían invisible el poblado.

Desde mi escondite, en la copa de un enorme roble, vi a medio centenar de hombres ociosos, vociferando y peleándose por cualquier cosa que matara el ocio. Las mujeres tenían un aspecto espantoso y vagaban semidesnudas por entre los grupos de bandoleros. Un poco alejada del centro del campamento había una cabaña de madera con dos hombres en la puerta.

Era la guarida del Caburé.

Aguardé a que se hiciera noche cerrada. Los bandoleros comieron y se emborracharon a placer entre bravuconadas y peleas continuas. Las mujeres pasaban de mano en mano y no parecía importarles ya que se reían como hienas.

«Estamos en el siglo veinte», me dije para hacerme a la idea de que todo aquello realmente se desarrollaba delante de mis ojos. A las doce de la noche decidí que debía actuar.

Di un rodeo para llegar hasta la cabaña de madera. Me alcé a pulso hasta el techo y me deslicé en dirección a la ventana lateral. No había nadie de ese lado. El griterío de los borrachos disminuía a medida que caían desmayados o se retiraban con alguna hembra bien dispuesta.

Sosteniéndome con las manos me incliné para mirar por la ventana.

Vi al Caburé.

Estaba sentado en una hamaca tejida, de las que utilizan en el Paraguay, y una mestiza muy hermosa, semidesnuda, acariciaba su cuerpo grueso y peludo. El tipo no parecía muy feliz. Su rostro era moreno y barbudo, la nariz estaba rota desde hacía mucho tiempo y le faltaba el lóbulo de una oreja. Dos cicatrices cruzaban la mejilla derecha y llegaban hasta su cuello. Las piernas colgaban a los costados de la hamaca gruesas como postes de alumbrado.

—Lo harás, pequeño —estaba diciendo mientras bebía del gollete de una botella de aguardiente—, lo harás aunque tenga que despellejarte. Me he convertido en alguien muy importante y necesito mi propio ingeniero. Tú estás aquí y me serás de utilidad. Crearé mi propia empresa y para ello necesito de tus conocimientos.

Lanzó una risotada y pellizcó a la mestiza que se revolvió satisfecha y avanzó con sus caricias.

—Vete al infierno, Caburé.

Era la voz de mi hermano.

Regresé al sitio por donde había trepado y descendí al suelo. Avancé hacia la ventana, esta vez pegado al suelo y llegué hasta ella. Estaba por incorporarme cuando sentí un feroz bofetón y el aullido de una mujer. En seguida atronó la voz cascada del Caburé:

—Lárgate, perra, tengo que seguir el tratamiento de nuestro amiguito.

Escuché el portazo y las risotadas de los guardias.

Aproveché el momento para izarme hasta la ventana. Llevaba las dos escopetas a la espalda junto con las granadas. Asomé el rostro y vi a Aldo.

Estaba amarrado a una silla metálica. Llevaba solamente un pantalón corto y estaba descalzo. Los pies eran dos manos sanguinolentas y su pecho había sido quemado por decenas de cigarrillos. Estaba delgado y sucio, ensangrentado y dolido, pero en su rostro brillaba la misma mirada desafiante y belicosa que yo conocía.

La furia ciega que sentí se convirtió en un trozo de hielo que se apoderó de mi corazón.

Me elevé hasta la ventana, pasé una pierna dentro y busqué la mirada de Aldo. El Caburé estaba de espaldas y removía un brasero con una tenaza que comenzaba a ponerse al rojo vivo.

—Me serás igualmente útil si te castro, niño bonito —dijo sin mirarlo.

Yo pasé la otra pierna dentro de la habitación y me dejé caer sin un solo ruido. Aldo me vio entonces y abrió la boca con una expresión de incredulidad que me hizo recordar su proverbial ingenuidad. Me quité el petate que llevaba a la espalda y le hice señal de que no dijera nada.

—Escucha, perro —dijo entonces el Caburé y comprendí que procuraba distraerlo.

El dorso de la mano del carnicero lo golpeó ferozmente en el rostro.

—Hazlo otra vez, escoria, no siento tus golpes de bastardo.

El Caburé cogió la tenaza y ése fue mi momento.

Salté hacia él, lo cogí del cabello, lo hice dar la vuelta y con el canto de mi mano derecha lo golpeé en la garganta, justo en la nuez de Adán. La tenaza se deslizó entre sus dedos y la aferró espasmódicamente del sitio en que se había puesto al rojo vivo.

Pude percibir el grito que no podía lanzar por su garganta destrozada y el inmenso dolor que lo quemaba vivo mientras agonizaba en los pocos segundos que suceden a un golpe como el que yo le había regalado.

Cuando se desplomó su expresión era la de un monstruo que había agonizado viendo el rostro más espantoso de la muerte: la muerte sorpresiva, inesperada, la que sobreviene cuando uno está seguro de que es inmortal, impunemente inmortal.

Desaté a mi hermano y reprimí mis deseos de abrazarlo. Su cuerpo era una llaga viva.

—¿Puedes andar?

—Lo haré.

Le entregué una escopeta cargada y lo ayudé a ir hasta la ventana. No había nadie por allí. Lo descolgué hasta el suelo y le alcancé la otra escopeta, luego dispuse varias granadas bajo el cinturón del Caburé, las sujeté para que no se zafaran y reuní todas las espoletas con una cuerda. Retrocedí hasta la ventana y salté fuera.

—Vamos —dije.

Nos deslizamos hacia la jungla hasta que la cuerda no dio más de sí. Entonces tiré con fuerza de ella y la recogí con rapidez. Todas las espoletas llegaron a mi mano y comenzamos a alejarnos de la cabaña flanqueando el campamento.

Yo sostenía a Aldo con mi brazo izquierdo y sostenía la escopeta con la mano izquierda. Él se aferraba a mí con su brazo izquierdo y sostenía la escopeta con la mano derecha, afirmada a su cintura.

Conté quince segundos y la explosión retumbó como si se tratara de una tonelada de nitroglicerina.

La selva se llenó de chillidos y gritos, todos los pájaros alzaron el vuelo y la borrachera de los bandoleros y sus mujeres se sumó a la explosión para crearles imágenes de espanto.

Salían disparando sus armas hacia todos los sitios, enloquecidos por el alcohol, el miedo y la sorpresa.

En medio de aquel infierno una nueva explosión, más espantosa aún que la anterior llenó el claro de altas llamas y los árboles comenzaron a incendiarse.

Me detuve perplejo.

—El Caburé tenía la Santa Bárbara en su propia cabaña —dijo Aldo —, era un hombre muy precavido y también un imbécil.

Continuamos la marcha hasta el sendero por el que habían llegado

los bandoleros y decidí que tendríamos que ir por allí si deseábamos escapar a los bandidos cuando comprendieran lo que había ocurrido, si es que lo comprendían. Aldo no podía marchar por la selva y yo no podría llevarlo en hombros durante aquellos kilómetros que nos separaban del río.

—Vamos —dije—, y salimos al sendero.

Vi a los tres tipos que llegaban corriendo desde la espesura, apreté el gatillo de mi escopeta y solté a Aldo. El también disparó mientras caía y los perdigones del cartucho destrozaron a los rufianes como si una hoz gigantesca hubiera pasado a la altura de sus pechos.

Recargamos nuevamente las escopetas automáticas y continuamos nuestro camino. Durante más de dos horas anduvimos a duras penas, sin cruzarnos con ningún bandolero. A lo lejos el griterío continuaba sin cesar.

Llegamos a la orilla del río y comprendí que había cometido la estupidez de hundir las dos barcas. Tendría que haber reservado una para la huida hasta la embarcación donde aguardaba Francisca.

—Tendremos que nadar —dije.

—No te preocupes por mí —replicó Aldo y a continuación su cuerpo se puso tenso y luego se aflojó hasta desplomarse a mi lado.

Se había desmayado.

Miré a mi alrededor buscando algo que flotara, pero no vi nada. A mi espalda sentí el fragor de muchos pasos. Los bandidos se habían reagrupado y venían en pos nuestro. Habrían encontrado a los guardias reventados.

Me introduje en el río y nadé llevando a mi hermano sujeto por la barbilla.

—Aquí —dijo una voz—, estoy aquí, Cacho.

Francisca encendió una linterna y nos guio hasta la barca. Se había aventurado a avanzar por el río y venía a nuestro encuentro.

La ayudé a subir a mi hermano en el momento en que los primeros rufianes llegaban a la orilla.

—Apaga la luz —ordené.

Los disparos pasaron por sobre nuestras cabezas. En cualquier momento nos harían trizas.

—¡Marchaos! —grité.

—No —dijo ella.

—¡Vete de aquí, maldita sea, o nos cogerán a todos!

—¡Sube! —gritó Francisca llorando.

Sentí un dolor agudo en el hombro y me sumergí.

—¡Cacho!

Regresé a la superficie y volví a gritar, alejándome de la embarcación.

—Por lo que más quieras llévate a mi hermano de este infierno —y volví a sumergirme. Nadé hacia la orilla por debajo del agua y salí entre unos matorrales.

La embarcación se alejaba de allí guiada por Francisca y, detrás de ella, vi un bote de remos en el que varios bandoleros salían en su persecución.

Miré anonadado la escena, iluminada ahora por las primeras luces del amanecer.

De pronto Francisca detuvo la embarcación y la vi correr a popa. El bote de los bandoleros estaba a una veintena de metros y ella comenzó a arrojarles las granadas que yo le dejara.

Erró dos o tres mientras el bote de los bandidos se bamboleaba peligrosamente impidiéndoles hacer puntería. Por fin una bomba dio de lleno en el bote y el estallido acabó con ellos.

Busqué la pistola en mi pistolera y la saqué de la bolsa de plástico. Desde la costa una decena de tiradores, menos alcoholizados que el resto, disparaban contra la embarcación.

Apunté y comencé a hacer fuego.

Descargué el arma e introduje un nuevo peine de municiones para continuar cubriendo a Aldo y la mujer que estaba salvándolo.

Agoté todavía tres peines más y luego busqué el bananero junto al que debía estar la Honda.

Llegué rápidamente hasta él. A mi espalda los disparos proseguían buscándome.

Puse en marcha el motor y me lancé por la enlodada orilla del Apoporis, derrapando sobre los camalotes, con el enramado costero flagelándome el rostro. Tenía que adelantar la embarcación y luego echarme al agua, de lo contrario la corriente me impediría alcanzarla a nado.

No iba muy deprisa, pero aun así me caí en dos oportunidades. Los malhechores corrían detrás de mí disparándome y cada vez estaba más claro.

Adelanté la embarcación, pero no pude ver a Francisca, ocupado como estaba en no matarme contra algún árbol. De pronto escuché los

estampidos del fusil con mira telescópica y supe que ella o Aldo estaban cubriendo mi huida.

Apreté el acelerador y la Honda derrapó una vez más, pero esta vez la suerte no estaba de mi parte y varios juncos putrefactos se introdujeron entre los rayos de las ruedas y el motor se detuvo con un estampido.

La moto giró 180° y me dejé caer de lado sobre el fango maloliente.

Me puse de pie de inmediato y comencé a trabajar frenéticamente para extraer la maleza babosa atrapada en los engranajes. Sentía los dedos doloridos y lastimados mientras buscaba en el rio, bajo la luz incipiente del amanecer, la aparición de la lancha que conducía Francisca.

Todavía tenía tiempo.

Me había adelantado lo suficiente como para tener algunos minutos a mi favor y debía aprovecharlos.

Los estampidos del fusil con mira telescópica me informaban que la batalla proseguía y rogué a mi dios particular, uno que ni yo mismo sé cómo es, para que impidiera que hicieran blanco en la valiente muchacha que protegía mi vida y la de Aldo.

Ya estaba a punto de concluir con mi tarea cuando sentí un alboroto a mi izquierda, dentro del follaje que nacía a unos pocos metros de la barrosa ribera.

Mis reflejos fueron más rápidos que mi reflexión y me lancé en diagonal hacia la espesura, para no toparme con los personajes que producían el alboroto.

Caí de bruces más allá de los matorrales y rodé sobre mi cuerpo protegiéndome con los codos de las ramas espinosas.

Cuando detuve mi zambullida regresé al linde de la floresta para observar a mis visitantes.

Eran tres tipejos de mala catadura que llevaban sendos machetes como cimitarras y miraban hacia el río.

No podían ser más que hombres del Caburé.

Iban armados sólo con sus machetes y deduje que se hallarían realizando algún trabajo por los alrededores cuando comenzó el pandemónium.

—Mira —gritó uno de ellos con voz cascada.

Era un mestizo de mediana estatura, pero sólido como un peñón. Le faltaba un ojo y llevaba un pañuelo mugriento que cubría la mitad de su rostro barbado y sucio.

Había descubierto la Honda.

Los otros dos, uno blanco, muy joven y de aspecto rudo, y el otro negro como el carbón, corrieron hacia la motocicleta.

—No puede haber ido muy lejos —dijo el muchachito blanco y abrió una boca en la que faltaban varios dientes.

—En la selva —dijo el negro con una modulación gangosa y lenta.

Era un buen espécimen de hombre. Alto, con hombros redondos y duros como piedras. Tenía los músculos del abdomen grandes como bajorrelieves y llevaba la camisa abierta y desgarrada.

Los pantalones desflecados a la altura de las rodillas mostraban unas piernas embarradas y poderosas.

Debía medir por lo menos dos metros.

Mi anciano maestro de karate hubiese dicho: «Muchacho, has de saber cuál es tu oportunidad y decidirlo con rapidez.»

Resultaba cómico, en aquel momento no tenía ninguna oportunidad contra tres facinerosos desesperados, brutales y armados con sus cuchillas de un metro de longitud. Tal vez por esa razón no me detuve a reflexionar.

Salté hacia ellos en el momento en que la embarcación conducida por Francisca apareció en el recodo del río y se proyectó en la bruma matinal como un fantasma negro. Me proporcionó unos cuantos segundos para decidir parte de la pelea.

Caí de pie en el fango y corrí hacia los tres bandoleros.

Estaban separados entre sí por varios metros y, lamentablemente, el que tenía más cerca era el blanco de aspecto endeble. Hubiese preferido comenzar por dejar fuera de combate al negro o al mestizo, pero no tenía elección.

El tipejo se dio la vuelta para mirarme cuando yo saltaba hacia adelante. Estiré mi pierna izquierda en el aire y la recogí cuando ya estaba sobre él para lanzar con fuerza mi pie derecho contra su cabeza. En este tipo de patada voladora las piernas actúan como pistones y el retroceso de una de ellas determina la feroz potencia de la otra.

Sentí la punta de mi pie incrustarse en su garganta y caí flexionado.

El tipo lanzó un estertor horrible, dejó caer el machete y se cogió el cuello con ambas manos.

Todo era inútil, yo sabía que le había roto el cuello.

Y el negro también lo supo.

Dio un largo tranco hacia mí alzando el machete.

Yo continuaba flexionado y lo vi como a un cíclope ebrio y salvaje abatiéndose sobre mí con su poderosa arma de doble filo.

En el segundo que precedió a la acción pude reconocer en sus ojos color café el brillo de la satisfacción. Estaba seguro de sí mismo y conocía su propia fuerza y habilidad.

Pero no me conocía a mí.

Cerré ambas manos y cogí en ellas una buena cantidad de lodo, me puse de pie al mismo tiempo que arrojaba el lodo a su jeta satisfecha.

No pretendía hacerle daño con aquel puñado de escoria húmeda, sólo ganar unos pocos segundos de distracción, y lo conseguí.

El negro se cubrió el rostro con los antebrazos y recibió en ellos la descarga de barro, sólo que también recibió algo más.

Apoyado en mi mano izquierda, lancé desde el suelo adonde había vuelto a arrojarme, una feroz patada lateral hacia su rótula.

Los gigantes tienen mucha superficie para golpear y es preferible comenzar desde abajo para que caigan rápidamente y la lucha resulte más pareja.

No conseguí romperle la rótula, pero sí que cayera de rodillas.

Entonces divisé por sobre sus hombros que el mestizo se acercaba resbalando sobre el fango.

El negro me lanzó un machetazo y tuve que saltar para que no me amputara las piernas, sólo que no caí en el mismo sitio, sino que giré en el aire y lancé un puntapié a su narizota chata y carnosa como un fuelle.

No me detuve a verificar los resultados de mi golpe porque el mestizo se había detenido a un par de metros y me miraba con una sonrisa demencial.

—Yo no soy ningún imbécil —silbó entre sus labios partidos por viejas batallas sórdidas. No repliqué, no tenía nada que objetar. Sólo que hubiese preferido que fuese un imbécil. Miré rápidamente a mi alrededor. No tenía la menor oportunidad de hacerme con el machete de alguno de mis adversarios.

Afirmé mi pie izquierdo en el lodo y flexioné mi pierna derecha hasta que decidí que podría aguantar la embestida del mestizo.

El bandolero dio un paso y alzó el machete.

Mi pie derecho salió disparado hacia su estómago y alcanzó el objetivo. Tuve el tiempo justo para recoger la pierna antes de que el silbido de su hachazo hendiera el aire.

Le di la espalda y le aticé una patada dorsal que dio de lleno en su

bajo vientre. Era duro, pero se dobló en dos.

Salté y caí sobre su brazo armado. Los huesos se quebraron y yo perdí el equilibrio y me hundí de costado en el lodo.

Me estaba levantando cuando sentí un dolor terrible en la pierna y me di la vuelta. Si no hubiese perdido el equilibrio el tajo que el negro me había hecho en el muslo habría acabado con mi poderoso estómago de gourmet internacional.

Lo enfrenté.

Sonreía. Tenía el brazo izquierdo muy abierto y el machete ante sus ojos fuertemente empuñado con su mano derecha.

—¿Vienes a por más? —le espeté.

No dejó de sonreír con su fachada sanguinolenta.

—Vamos, negrito maricón, ven a buscar tu regalito —repetí con una voz que daba vergüenza a mí mismo.

Esta vez la sonrisa desapareció.

Lanzó su estocada al mismo tiempo que yo me proyectaba hacia él. Me zambullí bajo su axila derecha y sujeté el brazo armado con mi propio brazo. Completé la palanca con ayuda de mi mano izquierda y trabándolo con la pierna herida presioné con fuerza. Su propio peso se encargó de quebrarle el brazo. El machete se clavó a su lado, yo me arrodillé y con el impulso le propiné un fuerte codazo en la nuca.

Fue la rúbrica del encuentro. Estaba desmayado.

El mestizo me miraba sin moverse. Ya se había recupera de sostenía el machete con la mano izquierda.

Miré hacia el río y vi la popa de la lancha perdiéndose en el siguiente recodo.

No recordaba muy bien cómo era la orilla del río, pero si no tenía un par de kilómetros expeditos como para lanzarme por allí con la Honda jamás podría alcanzar a Francisca y mi hermano.

Los disparos habían cesado.

—Lo siento, cariño —dije al mestizo—, otra vez será, y Y entonces realmente me sorprendió.

Lanzó un rugido feroz y se puso en pie para correr hacia mí embistiéndome como un jabalí.

El maldito fango volvió a jugarme una mala pasada y resbalé. No me alcanzó con el machete, pero su testuz dio contra mi clavícula y creí que se la había llevado de mi cuerpo como quien se quita una legaña del ojo.

Estaba arrodillado sobre mi estómago y el brazo herido me apretaba la garganta mientras se disponía a degollarme con el machete.

Levanté brutalmente el puño derecho y le aticé en el ojo sano.

Cerró el ojo, pero no se movió.

Repetí el golpe, pero esta vez con los dedos extendidos como punzones y volví a encontrar el blanco. No volvería a ver nunca más con ese ojo. Estaba ciego.

Se levantó enloquecido y comenzó a lanzar golpes a diestro y siniestro. Conseguí apartarme de él y lo miré como a una aparición diabólica. La sangre caía a borbotones sobre su rostro, la misma sangre que se pegaba en mis dedos.

Giré a su alrededor hasta situarme detrás de él. Lo cogí del cuello y tiré de él con un movimiento seco.

Se desplomó al instante. Estaba muerto.

Entonces corrí hacia la moto y puse el motor en marcha.

A mis espaldas volví a sentir aullidos y disparos. Los bandoleros habían iniciado la persecución por la orilla del Apoporis.

Enganché la primera marcha y luego la segunda para no forzar el motor sobre un terreno tan blando. La Honda cogió velocidad y a los bandazos llegué hasta el recodo por el que había visto desaparecer la embarcación.

Me detuve allí.

La orilla describía un arco en el que se veía una playa pequeña y firme, luego había un trozo cubierto por maleza y no pude adivinar si la maleza crecía sobre suelo firme o sobre el agua. Luego, detrás de aquel trozo de matorrales, el río continuaba recto durante unos cien metros y la orilla se elevaba ligeramente formando un barranco terroso de color rojizo.

A mi espada los aullidos me decidieron.

Me lancé a toda velocidad por la playa firme y llegué a cincuenta kilómetros a la hora al tramo cubierto por matorrales.

Cerré los ojos.

La Honda arrasó con la fronda y encontró el modo de atravesarla sin hundirse en el fango hediondo.

Abrí los ojos y suspiré.

Comenzaba a ganar terreno y divisé más adelante la popa de la lancha.

Creí ver la silueta de Francisca, pero no estaba muy seguro.

Giré el acelerador y entonces, a unos treinta metros, aparecieron dos bandoleros tambaleándose sobre el fango, asidos a sus botellas de alcohol como bebés a sus biberones.

Miera, 4, 5, 82 El Caburé no creía demasiado en la disciplina. Supuse que habría docenas de bandoleros diseminados por toda la jungla, borrachos, anudados a sus mujerzuelas o jugándose el pellejo en estúpidas apuestas.

Enfilé la motocicleta hacia ellos, me afirmé en el manillar y desplacé mi cuerpo sobre el pequeño tanque de gasolina, entonces estiré mis piernas.

Pasé como uno de aquellos caballeros de la Mesa Redonda armados con sus lanzas en las competiciones de la corte.

Los golpeé en el pecho y pensé que mis fémures se incrustarían en mis riñones. Pero no fue así.

Los tipos cayeron desmadejados a varios metros de distancia. No se habían enterado de nada.

Volvían a sentarse en la posición adecuada y descubrí que ya estaba junto a la embarcación.

Vi a Francisca disparando el fusil mientras la lancha bogaba por el centro de la corriente. El río comenzaba a ensancharse.

Aceleré todavía más y procuré conservar el equilibrio sobre el terreno cada vez más agreste. El sendero que flanqueaba la orilla ascendía suavemente y la selva lo Invadía con largos tallos espinosos. Me Incliné sobre el manillar y sentí los latigazos del enramado en mi espalda, pero no experimenté ningún dolor. Tenía que sobrepasar el nivel de la embarcación y adelantarme lo suficiente como para cogerla a nado antes de que los bandoleros se reagruparan o que una bala alcanzara a Francisca.

Levanté el rostro y comprobé algo que había temido desde que cogiera aquella estrecha franja expedita.

El motor de la moto rugía mientras trepaba el sendero que ascendía ahora abruptamente y entonces vi el acantilado terroso a mi derecha y a medio centenar de metros más adelante el final del improvisado circuito de motocross.

La senda terminaba de pronto, a varios metros sobre el nivel del río, en un recodo natural.

Di todo el gas que permitía el motor y la Honda saltó hacia adelante. Conservé aquella velocidad endemoniada hasta que sentí que mi cabalgadura galopaba en el aire, proyectándose hacia las aguas

amarronadas y rápidas.

Cuando la inercia se agotó permanecí suspendido y luego me precipité en el Apoporis.

Me hundí verticalmente hasta que mis manos tocaron el cieno del fondo y entonces nadé hacia la superficie. Estaba atontado, pero el Instinto de supervivencia dominó el mareo y busqué la embarcación.

Venía hacia mí a unos diez o quince metros de distancia y nadé frenéticamente hasta ella. VI a Francisca, fusil en mano, que me lanzaba un cabo. Me cogí de él y dejé que la lancha me arrastrara durante algunos minutos.

Mi pecho parecía un tambor endemoniado y la sangre se agolpaba en mis sienes como una tropilla de sementales.

Apreté los dientes, lo último que necesitaba en aquel momento era desmayarme. La hélice de la lancha agitaba el agua a poca distancia, si me soltaba terminaría como una hamburguesa flotando en medio de la Amazonia.

Comencé a Izarme con lentitud y esfuerzo. Después de un lapso de tiempo que me pareció eterno conseguí aferrarme a la borda.

—¿Puedes hacerlo? —gritó Francisca, ocupada con el timón de la embarcación.

—Procura no encallar —dije con el último hálito de voz que me quedaba y en el límite de mis fuerzas me dejé caer sobre la cubierta.

Creo que comencé a reír como un loco porque mis carcajadas me hirieron los oídos.

No podía moverme mientras recuperaba el aliento, pero sabía que lo peor ya había pasado. Ahora sólo restaba un paseo por el río, como si no fuésemos más que un grupo de alocados turistas.

* * *

Aldo abrió los ojos. Estaba muy pálido, pero por lo demás su estado era satisfactorio. Habíamos navegado todo el día sin contratiempos y volvía a anochecer.

Miró a Francisca y sonrió.

—Tú no eres el Caburé —dijo.

Ella cogió sus manos.

—No —dije yo—, es mi socia en los safaris.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ese era mi hermano, me preguntaba a mí si estaba bien.

—Estupendamente —dije y besé a Francisca en el cabello.

Sentí su cuerpo apretándose contra mi flaco y su rostro maravilloso sonreír como una diosa.

Besé su frente y luego sus mejillas ardidas por el sol y la aventura.

Aldo, que no dejaba de observarnos, amplió su sonrisa y dijo:

—Cacho, esta vez sí que no sabes en qué te has metido.

FIN

